

A buen fin no hay mal principio

William Shakespeare

Dramatis personæ

EL REY DE FRANCIA.
EL DUQUE DE FLORENCIA.
BELTRÁN, *Conde del Rosellón.*
LAFEU, *anciano señor.*
PAROLLES, *secuaz de Beltrán*.
El mayordomo de la condesa del Rosellón.
LAVACHE, *bufón de la casa de la condesa.*
Un paje.
LA CONDESA DEL ROSELLÓN, *madre de Beltrán*.
ELENA, *dama protegida de la condesa.*
Una anciana viuda, de Florencia.
DIANA, *hija de la viuda.*
VIOLETA y MARIANA, *vecinas y amigas de la viuda.*
Señores, oficiales, soldados, etc., franceses y florentinos.

ESCENA.-
El Rosellón, París, Florencia, Marsella.

Acto primero

Escena primera

EN EL ROSELLÓN.- APOSENTO EN EL PALACIO DE LA CONDESA.
Entran BELTRÁN, *la* CONDESA DEL ROSELLÓN, ELENA *y* LAFEU, *todos de luto.*

LA CONDESA.- Al separarme de mi hijo, entierro a mi segundo esposo.
BELTRÁN.- Y yo, señora, al partir, lloro de nuevo la muerte de mi padre; pero he de atenerme a las órdenes de su majestad, de quien soy ahora pupilo y por siempre vasallo.
LAFEU.- Vos, señora, hallaréis en el rey a un esposo; y vos, señor, a un padre. Él, que tan bueno es en toda ocasión, necesariamente ha de ejercer sus virtudes tratándose de vosotros, cuyos méritos harían nacer la bondad donde no existiese. No hay que temer, por tanto, que os falte allí donde abunda.
LA CONDESA.- ¿Qué esperanza hay en el restablecimiento de su majestad?
LAFEU.- Ha renunciado a sus médicos, señora, bajo cuyas prácticas perdía el tiempo en esperanzas, sin conseguir otro resultado sino perder por siempre toda esperanza.
LA CONDESA.- Esta joven tenía un padre (¡oh, cuántas tristezas remueve este *tenía*!), cuyo talento era casi tan grande como su honradez. De haber sido iguales uno y otra, hubiera hecho a la naturaleza inmortal; y la muerte, falta de trabajo, habría permanecido ociosa. ¡Ojalá, por la salud de su majestad, viviera todavía! Tengo para mí que hubiese desaparecido la enfermedad del rey.
LAFEU.- ¿Y cómo se llamaba el hombre de que habláis, señora?
LA CONDESA.- Era famoso en su profesión y tenía razones para serlo: Gerardo de Narbona.
LAFEU.- En efecto, señora, fue un célebre doctor. El rey hablaba de él recientemente con admiración y sentimiento. Su talento le haría vivir aún, si la ciencia pudiese librarnos de la mortalidad.
BELTRÁN.- ¿Cuál es, buen señor, el padecimiento que aqueja al rey?
LAFEU.- Una fístula, señor.
BELTRÁN.- No he oído nunca hablar de ello.
LAFEU.- Quisiera que la cosa no tuviese tanta importancia. Luego esta joven, ¿es la hija de Gerardo de Narbona?
LA CONDESA.- Su única hija, señor, y él la confió a mi cuidado. Fundo en ella las buenas esperanzas que justifican su educación. Hereda disposiciones que realzan sus cualidades, pues las buenas cualidades, dirigidas por un espíritu grosero, conviértense en cualidades ficticias. En esta joven triunfan, toda vez que se muestran sin artificio y perfeccionadas por su mérito.
LAFEU.- Vuestros elogios, señora, le hacen verter lágrimas.
LA CONDESA.- Esas lágrimas son en una joven el mejor condimento para sazonar los elogios que se la dirigen. El recuerdo de su padre no se ha despertado nunca en su corazón

sin que la tiranía del pesar robe todo simulacro de vida a sus mejillas. No hablemos más de esto, Elena, no hablemos más, no vaya a suponerse que afectáis un dolor que no sentís.
ELENA.- Si manifiesto mi dolor, es que lo sufro.
LAFEU.- La muerte tiene derecho a los pesares moderados; pero una pena excesiva es el enemigo de los que viven.
LA CONDESA.- Cuando los vivos luchan contra una pena, esa pena sucumbe antes de su mismo exceso.
BELTRÁN.- Señora, imploro vuestras santas oraciones.
LAFEU.- ¿Qué queréis decir?
LA CONDESA.- ¡Bendecido seas, Beltrán! Sucede a tu padre, así por tus actos como por tus apariencias. Que tu sangre y tu virtud se disputen el honor de guiarte y que tu bondad rivalice con tu nacimiento. Ama a todos, fíate de pocos, no hagas daño a nadie. Procura tener siempre el derecho de humillar a tu enemigo, sin que abuses de este derecho; conserva a tu amigo bajo la llave de tu propia vida; que se te reproche tu silencio antes que tus palabras. ¡Que todos los dones que quiera concederte el Cielo, o que de él obtengan mis palabras, caigan sobre tu cabeza! Adiós... *(A Lafeu.)* Es un cortesano sin experiencia. Aconsejadle.
LAFEU.- El mejor consejero será mi abnegación para con él.
LA CONDESA.- ¡El cielo le bendiga!... Adiós, Beltrán. *(Sale.)*
BELTRÁN (*A Elena.)*- ¡Que se realicen cuantos deseos formuléis! Sed el consuelo de mi madre, vuestra protectora, y cuidadla bien.
LAFEU.- Adiós, gentil dama, y sostened la reputación de vuestro buen padre.

(Salen BELTRÁN *y* LAFEU*.)*

ELENA.- ¡Oh! ¡Pluguiese a Dios que fuera ésta mi única preocupación! Ya no pienso en mi padre, y las lágrimas que ojos ilustres han derramado por su memoria le honran más que las que he vertido yo por él. ¿Cómo era? Lo he olvidado. Mi memoria no se acuerda sino de Beltrán. ¡Estoy trastornada! ¡La vida no existe donde no está Beltrán! ¡Tanto valdría amar a un astro brillante y soñar, hallándose tan alto, en tenerle por esposo! ¡Puedo regocijarme del resplandor de su luz; mas no podría girar en su esfera! La ambición de mi amor es para mí un veneno. La humilde cierva que aspirase al amor del león, estaría condenada a sucumbir sin esperanza. Era un suplicio, pero un suplicio agradable, verle a todas horas del día, sentarme a su lado, reproducir sus cejas arqueadas, su mirada de águila, los rizos de su cabellera en el lienzo de mi corazón, de mi corazón demasiado ávido de cada una de las líneas, de cada uno de los rasgos de su rostro encantador. Pero ahora se halla lejos de mí, y nada queda a mi pasión idólatra sino reliquias que adorar.- ¿Quién va?

(*Entra* PAROLLES*.)*

Uno de su séquito. Le quiero a causa de su amo. Y, no obstante, le reconozco por un mentiroso redomado y sé que es un necio y un poltrón. Mas estos defectos incorregibles le cuadran tan bien, que ha hallado una acogida favorable, mientras la virtud de acerados huesos tirita bajo la aspereza del huracán. Por esto vemos frecuentemente la sabiduría pobre puesta al servicio de la opulenta ignorancia.
PAROLLES.- ¡Dios os guarde, hermosa reina!
ELENA.- ¡Y a vos también, monarca!
PAROLLES.- No soy ningún monarca.
ELENA.- Ni yo reina.
PAROLLES.- ¿Estáis meditando en la castidad?

ELENA.- Sí. Hay en vos algo castrense. Permitidme proponeros una cuestión. El hombre es contrario a la castidad; ¿cómo nos atrincheraríamos contra él?
PAROLLES.- Teniéndole a cierta distancia.
ELENA.- Pero él aventura nuevos asaltos, y nuestra castidad, aunque valiente en la defensa, es débil. Indicadme el medio de alguna resistencia bélica.
PAROLLES.- No la hay. El hombre, una vez en posición delante de vos, minará vuestras defensas y las hará saltar.
ELENA.- ¡Dios preserve nuestra castidad contra los minadores y asaltantes! ¿No conocéis estrategia alguna militar mediante la cual puedan las vírgenes hacer saltar a los hombres?
PAROLLES.- Una vez perdida la virginidad, el hombre danzará más presto por los aires; y aunque consigáis rechazarlo, perderéis la ciudad por la brecha que vos misma habréis abierto. En la república de la naturaleza es impolítico conservar la virginidad. La pérdida de una virginidad implica provecho para la nación. Toda virginidad que nace procede de una virginidad perdida. La tela de que habéis sido confeccionada es para concebir nuevas vírgenes. De una virginidad perdida nacen otras diez. Guardarla siempre, es anularla perpetuamente. Creedme, es una compañera glacial de la que conviene separarse.
ELENA.- Quiero defenderla todavía, aunque haya de morir virgen.
PAROLLES.- Eso es asunto vuestro, pero resulta contrario a las leyes de la Naturaleza. Al hacer el elogio de la virginidad, acusáis a vuestra madre, lo que envuelve una evidentísima falta de respeto. Lo mismo es ahorcarse que morir virgen. La virginidad es una suicida, que debiera enterrarse en el camino real, lejos de toda tierra sagrada, como culpable del delito de lesa Naturaleza. La virginidad engendra más gusanos que el queso. Se consume hasta la última recortadura, y muere devorando su propia entraña. La virginidad es fastidiosa, orgullosa, desocupada, llena de egoísmo, y el egoísmo es el pecado más explícitamente prohibido por los cánones. No la conservéis, que no haréis sino perderla. Deshaceos de ella. Dentro de diez años la tendréis decuplicada, lo que constituye un bonito interés sin que el capital sufra por ello ningún quebranto. ¡Fuera con ella!
ELENA.- ¿Y qué hay que hacer, señor, para perderla a gusto?
PAROLLES.- Dejad que reflexione... Es preciso hacer mal, pardiez, ya que es necesario amar a quien no la ama. La virginidad es una mercancía que, almacenada, pierde su lustre. Cuanto más se conserva, tanto más desciende de valor. Deshaceos de ella mientras sea vendible; aprovechaos del momento en que todavía vale. La virginidad es semejante a un cortesano viejo que lleva un sombrero pasado de moda, un traje rico, fuera de uso, como esos broches y mondadientes que ya no se estilan. Un dátil cuadra mejor en un pastel o en un guiso que en vuestras mejillas; y vuestra virginidad, vuestra vieja virginidad, aseméjase a una pera de Francia, dañada, fea de ver, sin sabor, pera pasada de madura; un tiempo buena, pero, a fe, pasada. Eso dicho, marcho ahora a la corte. ¿Queréis algo con ella?
ELENA.- Nada, pues, con mi virginidad. Vuestro amo encontrará allá abajo mil amores, una madre, una amada, un amigo, un fénix, un jefe, una adversaria, una guía, una diosa, una soberana, una consejera, una pérfida, su humilde ambición, su orgullosa humildad, su armonía discordante, su armonioso desacuerdo, su fe, su dulce desastre, con todo un mundo de maravillas y expresiones cristianas que murmura el pestañeante Cupido. Entonces será... Yo no sé qué será... ¡Dios le proteja! La corte es un lugar instructivo, y él es un...
PAROLLES.- ¿Un qué?
ELENA.- Un hombre a quien quiero bien. Lo lamentable...
PAROLLES.- ¿Qué es lo lamentable?

ELENA.- Que nuestros deseos carezcan de cuerpos que los vuelvan sensibles; porque nosotras, las desheredadas, a quienes limitan los votos las humildes estrellas, lograríamos hacer sentir sus efectos a nuestros amigos y mostrar por realidades lo que tan sólo puede definir nuestro pensamiento, que nunca nos lo agradece.

(*Entra un* PAJE.*)*

EL PAJE.- Monsieur Parolles, mi señor os llama. *(Sale.)*

PAROLLES.- Adiós, Elenita; de acordarme de vos, en vos pensaré en la corte.

ELENA.- Monsieur Parolles, habéis nacido bajo una estrella propicia.

PAROLLES.- Bajo la constelación de Marte.

ELENA.- Bajo Marte creo.

PAROLLES.- ¿Por qué bajo Marte?

ELENA.- Las guerras os han fatigado de tal modo, que debéis de haber nacido bajo Marte.

PAROLLES.- Cuando se hallaba en su apogeo.

ELENA.- Más bien cuando estaba en retroceso.

PAROLLES.- ¿Qué os impulsa a suponerlo así?

ELENA.- El que retrocedéis cuando os batís.

PAROLLES.- Es para cobrar ventaja.

ELENA.- Por ello mismo y en interés de nuestra seguridad propia huimos nosotras también inducidas por el miedo. Sea de ello lo que fuere, el valor y la cobardía, en amigable consorcio, constituyen en vos una virtud de excelente precio, virtud que yo estimo infinitamente.

PAROLLES.- Estoy tan lleno de ocupaciones, que no puedo responderte con agudeza. Quiero volver hecho un perfecto cortesano, y mi experiencia servirá para educarte, si eres capaz de entender los consejos de un cortesano y los avisos que te imponga. De otro modo morirás de ingratitud, víctima de tu ignorancia. Adiós. Cuando tengas tiempo, recita tus plegarias; cuando no lo tengas, acuérdate de tus amigos, encuentra un buen esposo y trátale como te trate. De suerte que, adiós. *(Sale.)*

ELENA.- Con frecuencia pedimos al cielo recursos que residen en nosotros mismos. El destino celeste nos deja libres en nuestras acciones y no retarda nuestros designios sino cuando somos lentos en ejecutarlos. ¿Qué poder impulsa a mi amor a que aspire tan alto? ¿Qué me hace ver aquello de que mi vista no se sacia? Cualquiera que sea la distancia que separa uno de otro los objetos, a menudo la Naturaleza los aproxima como si fuesen idénticos y en un beso los reúne, sin reparar en diferencias. Las empresas extraordinarias parecen imposibles a los que, midiendo la dificultad material de las cosas, imaginan que lo que no ha sucedido no puede suceder. ¿Cuál es la mujer que poniendo en juego todos los resortes para dar a conocer cuanto vale, no tiene fe en su amor? La enfermedad del rey... Mis proyectos pueden traicionar mis esperanzas; pero mis resoluciones son fijas y no fracasaré. *(Sale.)*

Escena II

PARÍS.- APOSENTO EN EL PALACIO DEL REY.

Toque de cornetas. Entran el REY DE FRANCIA, *con cartas en la mano;* SEÑORES *y otras personas del séquito.*

EL REY.- Los florentinos y los sieneses están por el estruendo. Han combatido con fortuna equilibrada y continúan guerreando valerosamente.
SEÑOR PRIMERO.- Eso se dice, sire.
EL REY.- Y es verosímil. Nos ha confirmado esa noticia nuestro primo de Austria, que me advierte que los florentinos se disponen a pedirnos socorro inmediato. Por donde nuestro muy caro amigo anticipa las proposiciones y parece desear que les opongamos una repulsa.
SEÑOR PRIMERO.- El afecto y la prudencia de que tantas pruebas ha dado a vuestra majestad, abogan en favor de una confianza absoluta.
EL REY.- Su intervención ha decidido ya nuestra respuesta y la demanda de los florentinos se ha desestimado aun antes de llegar su embajador. Sin embargo, respecto de nuestros gentileshombres que deseen ponerse al servicio de Toscana, tienen permiso libre para elegir el estandarte que les acomode.
SEÑOR SEGUNDO.- Ello podrá servir de entrenamiento a nuestra joven nobleza, impaciente por adiestrarse y distinguirse.
EL REY.- ¿Quién viene?
SEÑOR PRIMERO.- Señor, es el conde del Rosellón, el joven Beltrán.
EL REY.- Joven, te pareces a tu padre. La Naturaleza liberal, más celosa que prematura, te ha modelado perfectamente. ¡Ojalá hayas heredado también las prendas morales de tu padre! Sé bienvenido a París.
BELTRÁN.- Mi reconocimiento y mi deber están a las órdenes de vuestra majestad.
EL REY.- Pluguiere a Dios que conservase aún el vigor que poseía cuando tu padre y yo, unidos por estrecha amistad, ensayábamos por vez primera nuestra bravura militar. Era entonces un guerrero consumado, discípulo de los más valientes. Mucho tiempo resistió, pero la maldita vejez, alcanzándonos a los dos de medio a medio, vino a cerrar el paso de nuestra carrera. Me rejuvenece hablar de vuestro bravo padre. Tuvo en su juventud ese espíritu cáustico que observo en los jóvenes caballeros de nuestros días. Sin embargo, las chanzas de éstos vuelven a su punto de origen sin haber llamado la atención de nadie, no ocultando, como aquél, su propia ligereza bajo un barniz de honor. Cortesano cumplido, en su altivez, en su ironía, jamás se descubrió desdén, ni sarcasmo, a menos que fuera provocado por un igual. Entonces su honor era el reloj dando el minuto en que debía hablar, y su lengua obedecía al golpe. Si la provocación partía de un hombre de calidad inferior, lo trataba como a una criatura de otro rango; hacíale altivo con su humildad, y su modestia se molestaba ante los elogios extemporáneos. Semejante hombre debía servir de modelo a la juventud de nuestra época. Comparando, fácil es reconocer que hemos retrocedido.
BELTRÁN.- Sire, su memoria está inscripta en vuestro corazón con caracteres aun más gloriosos que sobre su tumba. Así, su epitafio es menos digno para él que vuestros elogios.
EL REY.- ¡Qué no estuviese yo en su compañía! Solía decir (me parece oírle aún, porque no en vano sus palabras herían mis oídos, arraigaban en mi alma y producían sus frutos): «Concédaseme la gracia de morir (por estas palabras comenzaba su melancolía, después de una inocente jocosidad), concédaseme la gracia de morir, cuando se haya extinguido el aceite de mi lámpara, antes que servir de pábilo a los flamantes ingenios mozos, cuya fatuidad desdeña todo lo que no es nuevo, cuyo entendimiento no se muestra sino en la elección del vestido y cuya constancia expira antes que la moda». Tales eran sus votos y tales son los míos después de él. Puesto que ya no aporto a la colmena ni cera ni miel, quisiera abandonar lo más rápidamente mi tarea para ceder el lugar a otros trabajadores.

SEÑOR SEGUNDO.- Se os ama, sire, y los indiferentes serán los primeros en lloraros.
EL REY.- Ocupo un lugar, lo sé... ¿Cuánto tiempo hace, conde, que murió el médico de vuestro padre? Era muy famoso.
BELTRÁN.- Unos seis meses, señor.
EL REY.- Si viviera todavía, seguiría sus consejos... Dame tu brazo... Los demás médicos me han destruido a fuerza de medicinas. La Naturaleza y la enfermedad se debaten a placer dentro de mí. Sé bien venido, conde. Mi hijo no me es más querido que tú.
BELTRÁN.- Se lo agradezco a vuestra majestad.

(Salen.- Trompetería.)

Escena III

EN EL ROSELLÓN.- APOSENTO EN EL PALACIO DE LA CONDESA.

Entran la CONDESA, *su* MAYORDOMO *y el* BUFÓN.

LA CONDESA.- Ahora estoy dispuesta a escucharos. ¿Qué decís de esa dama?
EL MAYORDOMO.- Señora, el cuidado que me tomo en atender a vuestros deseos, debiera inscribirme en el calendario de mis pasados servicios, pues herimos nuestra modestia y empañamos el brillo de nuestros méritos cuando nosotros mismos los publicamos.
LA CONDESA.- ¿Qué hace aquí este bribón? ¡Marchaos, sinvergüenza! Las quejas que se me han formulado contra vos cierto que no las creo, pero es por pura indolencia; pues sé que sois lo bastante loco para haberlas justificado, cometiendo cualquier granujada.
EL BUFÓN.- Ya sabéis señora, que soy un pobre muchacho.
LA CONDESA.- Está bien, señor.
EL BUFÓN.- No, señora; no está bien que yo sea un pobre, aunque muchos de los ricos se hallen en el infierno. Pero si vuestra señoría quiere darme el permiso para casarme, Isabel y yo haremos lo que podamos.
LA CONDESA.- ¿Quieres parar en mendigo?
EL BUFÓN.- Visto el caso, limítome a mendigar vuestro consentimiento.
LA CONDESA.- ¿Visto qué caso?
EL BUFÓN.- El caso de Isabel y el mío. El servicio no consiente herencia, y yo no obtendré jamás la bendición de Dios, sin haber conseguido descendencia de mi cuerpo, pues se dice que Él bendice los hijos.
LA CONDESA.- Dime la razón por la cual quieres casarte.
EL BUFÓN.- Mi pobre cuerpo es el que lo desea, señora. Me siento atraído por la carne, y es de punto preciso seguir adelante cuando el diablo tira de uno.
LA CONDESA.- Y ¿ésas son todas las razones de vuestra señoría?
EL BUFÓN.- A fe mía, señora, existen otras de mayor poder, pues son razones de piedad.
LA CONDESA.- ¿Podrían saberse?
EL BUFÓN.- He sido, señora, una frágil criatura, como vos y como todas las de carne y sangre, y quiero casarme para arrepentirme.
LA CONDESA.- De tu matrimonio más bien que de tu fragilidad.
EL BUFÓN.- No tengo amigos, señora, y espero proporcionármelos por conducto de mi mujer.
LA CONDESA.- ¡Esos amigos son enemigos, estúpido!
EL BUFÓN.- Os equivocáis profundamente, señora. Semejantes amigos son grandes amigos, pues los infelices vendrán a hacer por mí la tarea de que ya estoy fatigado. Quien cultive mi campo ahorrará mis bueyes y me descansará para el tiempo de recoger la cosecha. Si me hace cornudo, yo en cambio hago de él mi compañero de fatigas. El que

consuela a mi mujer cuida mi carne y mi sangre, y el que alivia mi carne y mi sangre ama mi sangre y mi carne; es así que el que ama mi carne y mi sangre es mi amigo, *ergo* el que galantea a mi mujer es mi amigo. Si los hombres quisieran resignarse a ser lo que son, nada habría que temer en el matrimonio; porque el joven Charbon, el puritano, y el viejo Poysan, el papista, por más que sus razones difieran en religión tienen análogas cabezas y pueden enlazarse sus cuernos corno cualquier ciervo de rebaño.
LA CONDESA.- ¿Siempre has de ser desvergonzado y calumniador miserable?
EL BUFÓN.- Soy profeta, señora, y digo la verdad sin eufemismos.
Pues repetiré la baladaque hallan los hombres llena de verdad;el matrimonio viene por destino y el cuclillo canta por naturaleza.
LA CONDESA.- Marchaos, señor; no quiero hablar más tiempo con vos.
EL MAYORDOMO.- ¿Queréis decirle, Señora, que llame a Elena? De ella he de hablaros.
LA CONDESA.- Pícaro, di a mi doncella que quiero hablarle. A Elena me refiero.
EL BUFÓN:
¿Fue esa linda figura, dice ella, la causa de que los griegos destruyesen Troya?¿Acción loca, loca acciónque hizo la alegría del rey Príamo?Con lo cual suspiró al detenerse,con lo cual suspiró al detenerse y pronunció esta sentencia:Entre nueve malas se halla una buena,entre nueve malas se halla una buena;mas no hay una buena entre diez.
LA CONDESA.- ¡Cómo! ¿Una entre diez? Alteras la copla, bribón.
EL BUFÓN.- ¡Una buena mujer entre diez, señora! Mejoro la canción. ¡Quiera Dios servir tan bien al mundo durante todo el año! Nadie se quejaría del diezmo de las mujeres si yo fuera cura. ¡Una entre diez, decís! Si naciera tan sólo una mujer buena a la aparición de cada cometa o al ocurrir cada terremoto, mejoraría bastante la lotería de los hombres. Podemos arrancarnos el corazón antes que alcanzar una mujer buena.
LA CONDESA.- Marchaos, señor estrafalario y haced lo que os he ordenado.
EL BUFÓN.- ¡Qué hombre, obedeciendo el mandato de una mujer, no haría una desgracia! Aunque mi probidad no sea de puritano, a nadie causa mal. Llevaría la sobrepelliz de la humildad sobre la sotana negra de un corazón soberbio. Me voy; el caso es conducir aquí a Elena. *(Sale.)*
LA CONDESA.- Hablad ahora.
EL MAYORDOMO.- Sé, señora, que amáis tiernamente a vuestra doncella.
LA CONDESA.- En efecto. Su padre me la confió, y, sin otra recomendación tendría derecho al cariño que le guardo. Más le debo de lo que la pago, y más le daré de lo que pida.
EL MAYORDOMO.- Señora, no ha mucho me he encontrado más cerca de ella que lo que ella misma hubiera deseado. Se hallaba sola y hablaba consigo, comunicando sus propios pensamientos a sus propios oídos, sin sospechar, lo juro, que eran escuchados por oídos extraños. El tema de su conversación era su amor por vuestro hijo. «La fortuna, decía, no es una diosa, puesto que tanta diferencia ha establecido entre nuestras dos posiciones; ni el amor es un dios, si no despliega su poder más que entre seres de la misma calidad. Diana no es la reina de las vírgenes, puesto que permite que sucumba su sacerdotisa al primer asalto, y sin pagar su rescate.» Todo ello en un tono que permitía adivinar una pena más amarga de la que nunca pudo caber en una virgen. He creído de mi deber advertíroslo sin perder tiempo, pues, por si pudiera sobrevenir una desgracia, os importa saberlo.
LA CONDESA.- Os habéis desembarazado honradamente de un secreto. Guardadlo en vuestro interior. Algo sospechaba yo por ciertas apariencias; pero, de pesarlas, la balanza era tan poco sensible, que más me inclinaba a dudar que a creer. Dejadme, os ruego.

Guardad ese secreto en lo más íntimo de vuestra alma y os agradezco vuestra leal solicitud. En seguida hablaremos más del asunto.

(Sale el MAYORDOMO*.)*

Igual me sucedió a mí de joven. La Naturaleza ha querido que sea éste nuestro patrimonio. Es la espina inseparable de la rosa de la juventud. Criaturas de sangre, lo llevamos en la sangre. La Naturaleza se manifiesta, se imprime en nosotros, obligando a nuestra juventud a sentir la invencible pasión del amor. Basta que recordemos nuestros días pasados para recordar idénticos errores, aunque entonces no lo fueran para nosotros... Su mirada traiciona su sentimiento. La observo ahora.

(Entra ELENA*.)*

ELENA.- ¿Qué deseáis, señora?

LA CONDESA.- Sabéis, Elena, que soy para vos una madre.

ELENA.- Mi honorable ama.

LA CONDESA.- No, una madre. ¿Por qué no una madre? Al decir «una madre» me pareció que veíais una serpiente. ¿Qué hay en el nombre de madre que os haga estremecer? Lo repito, soy vuestra madre, y os cuento entre el número de las que he llevado en mis entrañas. Se ha visto frecuentemente que la adopción rivaliza en ternura con la Naturaleza, y que nuestra facultad de elegir engendra en nosotros un germen natural de una semilla extraña. No me habéis hecho sufrir los dolores de la maternidad, y, no obstante, siento por vos una ternura materna. ¡Dios me perdone, hija mía! ¿Se te hiela la sangre al decir que soy madre tuya? ¿Por qué ese mensajero destemplado de las lágrimas, ese iris de múltiples colores, aparece en torno de tus ojos? ¿Por qué? ¿Porque os he llamado mi hija?

ELENA.- Pero si no lo soy.

LA CONDESA.- Os repito que soy vuestra madre.

ELENA.- Perdón, señora; el conde de Rosellón no puede ser mi hermano. Mi nombre es demasiado humilde y el suyo demasiado glorioso. Mis parientes son obscuros, los suyos todos nobles. Es mi amo, mi caro señor, y yo debo vivir como su servidora y morir como su vasalla. No puede ser mi hermano.

LA CONDESA.- ¿Ni yo vuestra madre?

ELENA.- Sois mi madre, señora. ¡Ojalá fuerais vos realmente mi madre, con tal de que mi señor, vuestro hijo, no fuera mi hermano! O que fueseis la madre de los dos, con tal de que, como le pido fervorosamente al cielo, no sea yo su hermana. ¿No habría posibilidad de que fuera yo vuestra hija sin ser él mi hermano?

LA CONDESA.- Sí, Elena, podríais ser mi hija política. ¡Dios os guarde de apetecerlo! Esos nombres de madre o hija os causan gran impresión. ¡Cómo! ¿Palidecéis aún? Mis sospechas han sorprendido los secretos de vuestro corazón. Ahora adivino el misterio de vuestra soledad y por qué derramáis voluntariamente lágrimas. Es evidente que amáis a mi hijo: no podéis, sin ruborizaros, disimular vuestra pasión y afirmar lo contrario. Decidrne, pues, la verdad y confesadme vuestro amor. Porque, mira, tus mejillas se lo relatan la una a la otra, y tus ojos lo ven de tal manera en tu actitud, que lo revelan en su lenguaje. Sólo una culpable e infernal obstinación retiene tu lengua, de miedo de dejar sospechar la verdad. Habla. ¿Es cierto? Si lo es, has enroscado una buena madeja, si no lo es, júramelo. Mientras, exijo que me respondas francamente, a fin de que el cielo me inspire sobre la manera de ayudarte.

ELENA.- ¡Buena señora, perdonadme!

LA CONDESA.- ¿Amáis a mi hijo?

ELENA.- ¡Vuestro perdón, noble dama!

LA CONDESA.- ¿Amáis a mi hijo?
ELENA.- ¿No le amáis vos, señora?
LA CONDESA.- Fuera de rodeos. Mi amor es un sentimiento que todo el mundo conoce. Vamos, vamos abridme vuestro corazón. Vuestra emoción os traiciona.
ELENA.- Pues bien, confieso aquí, de rodillas, en presencia del cielo y de vos, que amo a vuestro hijo más que os amo a vos y casi tanto como amo al cielo. Mis padres eran pobres, pero honrados; así es mi amor. No os ofendáis por ello. Mi ternura no puede causarle daño alguno. No acaricio acerca de él ninguna mira ambiciosa. No quisiera obtener su amor antes de haberlo merecido, e ignoro cómo merecerlo nunca. Sé que le amo en vano y lucho contra la esperanza. He vertido las aguas de mi amor en una criba horadada de mil agujeros, sin contar con que he de perderlas. Así, semejante al indio, en mi religioso error, adoro al Sol que brilla, por aquello de que le adoro, sin preocuparme de más. Queridísima señora, que vuestro odio no salga al encuentro de mi amor, pues amo lo que vos amáis. Si vos misma, cuya ancianidad respetable prueba una juventud virtuosa, os habéis encendido en una tan pura llama, tan casta, tan tierna, que hayáis sido a la vez Diana y Venus, ¡oh! tened compasión entonces de una desgraciada, cuyo único recurso estriba en dar o en prestar allí donde está segura de perder, reducida a no encontrar jamás lo que busca y que, semejante a un enigma, vive del misterio de lo cual muere.
LA CONDESA.- Responded francamente, ¿no habéis tenido hace poco la intención de ir a París?
ELENA.- Sí, señora.
LA CONDESA.- ¿Con qué objeto? Decid la verdad.
ELENA.- La diré, lo juro por la gracia del cielo. Ya sabéis que mi padre me dejó ciertas recetas de unos raros y maravillosos efectos, que su lectura y manifiesta experiencia le habían indicado como soberanos. Encomendóme que las conservara cuidadosamente, como prescripciones que encerraban insospechables virtudes. Entre ellas hay una eficacísima contra las languideces desesperadas, enfermedad de que sucumbe el rey.
LA CONDESA.- ¿Era ése el motivo que os impulsaba a ir a París? Responded.
ELENA.- Mi señor, vuestro hijo, fue quien me hizo pensar en ello. De otro modo, París, la medicina, el rey, jamás hubieran acudido a mi pensamiento.
LA CONDESA.- Pero creéis vos, Elena, que si propusiérais vuestra pretendida ayuda al rey, ¿la aceptaría? Él piensa como sus médicos: se ha convencido de que no pueden salvarle, y ellos, por su parte, se hallan persuadidos de que nada puede intentarse en su favor. ¿Cómo habían de confiarse a una pobre joven indocta, cuando la Facultad, agotados sus recursos, abandona a sí misma la enfermedad?
ELENA.- Tengo como un presentimiento, superior a la ciencia de mi padre, que era, sin embargo, el más famoso de entre los de su profesión, que su excelente receta será para mí un legado santificado por las más dichosas estrellas del cielo. Si Vuestro Honor consintiera en dejarme tentar la aventura, me comprometería, con peligro de mi existencia, a salvar a Su Gracia en el día y hora convenidos.
LA CONDESA.- ¿Lo creéis?
ELENA.- Sí, señora, estoy segura.
LA CONDESA.- Muy bien, Elena; tendrás mi consentimiento, mi amistad, mi bolsa; las personas de mi séquito te recomendarán a mis amigos de la corte. Yo permaneceré aquí y recabaré la bendición de Dios para tu empresa. Parte mañana, convencida de que haré por ti cuanto esté en mi poder. *(Salen.)*

Acto segundo

Escena primera

PARÍS.- APOSENTO EN EL PALACIO DEL REY.

Trompetería. Entran el REY *con algunos señores jóvenes, que van a despedirse y partir para la guerra florentina;* BELTRÁN, PAROLLES *y séquito.*

EL REY.- Adiós, jóvenes señores. No olvidéis nunca los principios guerreros. A vosotros también, adiós. Aprovechaos ambos de mis consejos. Si cada uno de vosotros se los apropia, la merced será doble de lo que era cuando la recibisteis, y bastará a los dos.

SEÑOR PRIMERO.- Nuestra esperanza es, señor, volver y hallar a vuestra gracia en perfecta salud, tras haber aprendido el arte de la guerra.

EL REY.- No, no; eso no puede ser; y, sin embargo, mi corazón no se humilla ante el mal que amenaza mi existencia. Adiós, jóvenes señores. Viva o muera, sed dignos hijos de los valientes franceses; que la altiva Italia -que ha heredado únicamente una raza bastardeada de la decadencia de la última monarquía- vea que no habéis ido a cortejar la gloria, sino a desposaros con ella. Cuando los más valientes sucumban, manteneos firmes, a fin de que la fama os aclame. He dicho. Adiós.

SEÑOR SEGUNDO.- ¡Qué la salud se ponga a las órdenes de vuestra majestad!

EL REY.- Desconfiad de las italianas. Pretenden que los franceses no son capaces de rechazar lo que ellas les piden. Procurad no ser cautivos antes de haber sido soldados.

LOS DOS SEÑORES.- Nuestros corazones no olvidarán vuestros consejos.

EL REY.- Adiós. Ayudadme. *(Sale acompañado.)*

SEÑOR PRIMERO.- ¡Oh, mi querido señor! ¿Es posible que os quedéis aquí, marchándonos nosotros?
PAROLLES.- No es por su culpa; el ardor...
SEÑOR SEGUNDO.- ¡Oh! ¡ Son soberbias campañas!
PAROLLES.- ¡Admirable! Yo he visto esas guerras.
BELTRÁN.- Me retienen aquí. No cesan de murmurar en mis oídos: «Sois demasiado joven; el año que viene; es todavía temprano».
PAROLLES.- Querido amo, si tanto lo deseáis, partid sin pedir permiso.
BELTRÁN.- Me dejan aquí como a un corcel ocioso que inútilmente se impacienta golpeando el pavimento sonoro. Mientras tanto, los demás cosechan toda la gloria; y yo no llevo una espada sino para bailar con ella. ¡Por el cielo! Lo mejor será evadirme.
SEÑOR PRIMERO.- Será una fuga honrosa.
PAROLLES.- Conde, no vaciléis.
SEÑOR SEGUNDO.- Si queréis, seré vuestro cómplice; conque, adiós.
BELTRÁN.- No puedo separarme de vosotros: nuestra separación es un suplicio insoportable.
SEÑOR PRIMERO.- Adiós, capitán.
SEÑOR SEGUNDO.- Estimado monsieur Parolles...
PAROLLES.- Nobles héroes, mi espada y las vuestras son hermanas. El mismo centelleo, el mismo resplandor; en una palabra, el mismo temple. Encontraréis en el regimiento de los de Spinii a cierto capitán llamado Espurio, que tiene una cicatriz en la mejilla izquierda, indicio fiel de que ha luchado como bueno. Pues bien, a esta espada lo debe. Decidle que aún vivo, y fijaos bien en lo que él diga de mí.
SEÑOR SEGUNDO.- Lo haremos, noble capitán. *(Salen los* SEÑORES*.)*
PAROLLES.- ¡Hijos mimados de Marte, Dios os proteja! ¿Qué partido tomáis?
BELTRÁN.- Me quedaré. El rey...

(*Vuelve a entrar el* REY. PAROLLES *y* BELTRÁN *se retiran a un lado.)*

PAROLLES.- Sed un poco más cortés con esos nobles señores. Os habéis encerrado en los límites de una despedida glacial. Sed más expresivo entre ellos, porque son los corifeos de la etiqueta: andan, comen, hablan y mueren bajo la influencia de los iniciadores de la moda, y aunque fuera el mismísimo diablo quien llevara el compás, habría que imitarles y seguirles. Corred a su alcance y despedíos con el más caluroso adiós.
BELTRÁN.- Lo, haré.
PAROLLES.- Son dignos compañeros míos, y tengo para mí que se hallan dispuestos a probar el valor de sus espaldas.

(Salen BELTRÁN *y* PAROLLES. *Entra* LAFEU*.)*

LAFEU *(Arrodillándose.)*- Perdonadme, señor, por el mensaje que os traigo.
EL REY.- Quiero verte antes levantado.
LAFEU.- Pues ved en pie a un hombre que ha comprado su perdón. Quisiera, señor, que vos hubierais de postraros ante mí para implorar mi gracia, y que fueseis también vos el que a mis órdenes se hubiera levantado, como yo acabo de hacer.
EL REY.- Quisiéralo yo también; y además haberte roto la testa, para haberme podido postrar de la propia suerte y darte toda clase de satisfacciones.
LAFEU.- A fe mía que hubierais herido de través; pero vengamos a nuestro propósito, mi honorable señor. ¿Queréis sanar de vuestra enfermedad?
EL REY.- No.

LAFEU.- ¡Oh! ¿No queréis comer uvas, mi real zorro? Sí; bien las quisierais, si pudieseis alcanzarlas. He dado con un médico mujer, capaz de infundir vida a las piedras, de animar una roca y de haceros bailar un canario con fuego y precipitación, cuyo simple contacto tendría poder para resucitar al rey Pepino, hacer tornar la pluma al grande Carlomagno y escribirle con ella versos de amor.
EL REY.- ¿Quién es esa mujer?
LAFEU.- La doctora Ella. Acaba de llegar, señor; consentid en recibirla. Lo juro por mi fe y por mi honor, si es que después de la ligereza de exordio puede hablar en serio. Acabo de hablar con una persona cuyo sexo, edad, palabras, discreción y firmeza me han maravillado tanto, que me resuelvo a atribuirlo a mi flaqueza de espíritu. ¿Queréis verla, como ella solicita, y conocer el asunto que aquí la trae? Después de ello, burlaos de mí como mejor os plazca.
EL REY.- Vamos, buen Lafeu; preséntame el objeto de tu admiración para que la comparta contigo o la disipe, admirándome de tu propia torpeza.
LAFEU.- No; quedaréis convencido antes de acabar el día. *(Sale.)*
EL REY.- La especialidad de este hombre son los prólogos largos para no expresar nada.
(*Vuelve a entrar* LAFEU *acompañando a* ELENA.*)*
LAFEU.- Acercaos, pues.
EL REY.- Verdaderamente, su prisa tenía alas.
LAFEU.- Venid; aquí tenéis a su majestad. Explicaos. Nada huelo en vos de conspirador. Aunque su majestad teme poco a los conspiradores de vuestro talante. Soy el tío de Crésida y no me intranquiliza el dejaros con él a solas. Adiós. *(Sale.)*
EL REY.- Vamos a ver, bella joven, ¿soy yo a quien os dirigís?
ELENA.- Sí, mi buen señor. Mi padre fué Gerardo de Narbona, sujeto incomparable en su profesión.
EL REY.- Lo he conocido.
ELENA.- No voy a detenerme en hacer su elogio, puesto que lo conocisteis. En su lecho de muerte me legó varias recetas. Una hay, sobre todo, fruto preciosísimo de su mucha práctica, hija preferida de su larga experiencia, y me recomendó conservarla como un triple ojo más importante que los otros dos, lo cual he hecho. Habiendo sabido que vuestra majestad está atacado de la dolencia que puede eficazmente combatir el remedio especial que mi padre me dejó, vengo con toda humildad a ofrecerlo junto con mis servicios.
EL REY.- Gracias, muchacha; pero no confío en la curación que me anunciáis. Cuando nuestros más eminentes doctores nos abandonan; cuando la Facultad unánime ha declarado que nada puede contra un mal desahuciado, no debo deshonrar mi criterio, dejarme extraviar por una loca ilusión, hasta el punto de someter a los empíricos el tratamiento de una enfermedad incurable. No debo comprometer mi reputación de discreto admitiendo un recurso insensato, siendo así que todas las tentativas pasadas han sido, a mi modo de ver, inútiles.
ELENA.- Entonces, la conciencia de haber cumplido con el deber compensará mis fatigas. No insistiré en que aceptéis lo que os proponía, pero os suplico con toda humildad que os dignéis disponer que me restituyan a los lugares de donde he venido.
EL REY.- Nada menos puedo concederos, sin pasar por ingrato. Teníais la intención de aliviarme. Yo os lo agradezco, como un moribundo debe quedar agradecido a los que hacen votos por su vida. Pero conozco perfectamente mi estado, que vos ignoráis por completo; comprendo el peligro en que estoy; vos no podríais conjurarlo.

ELENA.- Visto que habéis renunciado a todos los remedios, ¿qué inconveniente puede haber en que yo ensaye el mío? El que da cima a obras grandes, las realiza a menudo por la intercesión de los más débiles ministros. La Sagrada Escritura nos ofrece la sabiduría por boca de la infancia, en ocasión precisa en que los jueces, desde su asiento, no venían a ser más que niños. Se ve a raquíticos manantiales dar origen a ríos caudalosos, y mares vastos agotarse en presencia de hombres de autoridad que negaban los milagros. A veces, contando con las mayores probabilidades, resultan fallidas las esperanzas; y otras se realizan cuando menos se piensa y más desconfianza se tiene.
EL REY.- No debo escucharos. Adiós, amable muchacha. No habiendo sido utilizados vuestros servicios, corre el gasto de vuestra cuenta. Ofertas que se rehusan sólo reciben las gracias por salario.
ELENA.- ¡He aquí el mérito inspirado viendo destruídos sus proyectos con una sola palabra! Aquel que todo lo conoce, no sufre las equivocaciones que sufrimos nosotros, pues juzgamos tan sólo por las apariencias, y es grande presunción nuestra atribuir a los hombres lo que es obra exclusiva del cielo. Tolerad, señor, la tentativa que quiero hacer en vos; poned a prueba, no a mí, sino al cielo. Yo no soy un impostor pretendiendo cumplir acciones más importantes que las que convienen a mi mediocridad. Tengo la certeza, creedlo, de que mi arte no carece de poder y que vuestra enfermedad no es sin remedio.
EL REY.- ¿Tanta seguridad tenéis? ¿En cuánto tiempo confiáis curarme?
ELENA.- Con el auxilio de Aquél de quien todo auxilio dimana, antes que los corceles del Sol hayan hecho recorrer a la antorcha de fuego dos veces su círculo diurno; antes que el húmedo Héspero haya apagado otras dos en las nubes tenebrosas de Occidente su soporífera lámpara; antes de que el reloj de arena del piloto haya contado veinticuatro veces la rápida expansión de los minutos, todo lo que hay en vos de enfermo se separará de la porción sana, volverá la salud a tomar su curso ordinario, y habrá desaparecido la dolencia.
EL REY.- Sobre vuestra convicción y confianza, ¿qué arriesgáis en garantía?
ELENA.- Ser tachada con la nota de impudente, oír que he tenido el atrevimiento de una prostituta, ver mi deshonra divulgada por las calles y anunciadas en infamantes coplas. Exponer mi reputación de virgen, hundirme en la condición más despreciable y hacerme expirar en medio de los tormentos.
EL REY.- Un espíritu sacrosanto dijérase que habla por vuestra boca, y se me figura oír su poderosa voz dentro de vuestro débil organismo. Lo que parece imposible al sentido común, conviértese razonable en vos. Vuestra vida es preciosa, pues en vos se contiene todo lo que vale la pena de vivir: juventud, hermosura, sabiduría, valor, virtud; todo lo que la felicidad y la primavera pueden llamar feliz. Aventurar todos esos bienes, indicio es de ciencia consumada o de una monstruosa exasperación. Querida doctora, pondré en práctica cuanto me prescribáis. Si muero, vuestros propios remedios os acarrearán la muerte.
ELENA.- Si rebaso el tiempo fijado y no os cumplo lo prometido, hacedme morir sin compasión, pues merecido lo tendré. Si no os curo, la muerte será mi salario; pero si os salvo, ¿qué me prometéis?
EL REY.- Solicitad lo que queráis.
ELENA.- ¿Y me lo concederéis?
EL REY.- Sí; por mi cetro y por mis esperanzas de salvación.
ELENA.- Entonces, me darás con tu real mano por esposo uno de los nobles jóvenes que dependen de ti y que yo elegiré. Entendido, desde luego, que no llevaré mi arrogancia al extremo de hacer recaer mi elección sobre uno de sangre real francesa, ni pretendo perpetuar mi nombre obscuro y humilde estableciendo ramificación alguna con un miembro

de la corona. Me concretaré a pedirte por esposo aquel de tus vasallos que yo pueda escoger y que sin escrúpulos puedas tú otorgarme.
EL REY.- He aquí mi mano: cumplid vuestra promesa; yo satisfaré vuestra voluntad. Señalad la época a vuestro placer; me abandono enteramente a vuestra dirección. Quizá debiera interrogaros aún; pero, en último resultado, lo que de vos pueda saber nada añadiría a la confianza que en vos he puesto. Debería interrogaros para conocer de dónde venís y quién os ha conducido aquí... Pero bienvenida seáis; os acepto sin reserva. *(Llamando a sus servidores.)* ¡Venid a ayudarme, eh!... Si cumplís lo prometido, lo que yo haga por vos igualará lo que vos hayáis hecho por mi. *(Trompetería.- Salen.)*

Escena II

EL ROSELLÓN. APOSENTO EN EL PALACIO DE LA CONDESA.

Entran la CONDESA *y el* BUFÓN.

LA CONDESA.- Vamos, señor, quiero probar ahora vuestros conocimientos en el arte de saber vivir.
EL BUFÓN.- Veréis que estoy muy bien nutrido, y muy mal educado. Indudablemente, no he nacido sino para la corte.
LA CONDESA.- ¡La corte! ¿Y qué haríais en ella, si la corte os da asco? ¡Nada menos que la corte!
EL BUFÓN.- Verdaderamente, señora, que como Dios le conceda a un hombre ciertas prendas, puede bien pronto desembarazarse en una corte. Allí, quien no sabe gallardearse sobre sus piernas, quitarse el sombrero, besar la mano sin hablar palabra, no tiene piernas, ni mano, ni boca, ni sombrero; y un compañero semejante, seamos francos, no está en su sitio en la corte. Pero en lo que a mí se refiere, tengo una respuesta adecuada para todos los hombres.
LA CONDESA.- A fe que será una buena respuesta aquella que logre satisfacer a todas las preguntas.
EL BUFÓN.- Es como la silla del barbero, que se acomoda a todas las posaderas: a las posaderas en punta, a las posaderas redondas, a las posaderas carnosas o a cualesquiera otras posaderas.
LA CONDESA.- ¿Vuestras respuestas son realmente tan hábiles que cuadran bien a todas las preguntas?
EL BUFÓN.- Tan bien como diez groats en manos de un procurador, como una corona francesa en una prostituta vestida de seda, como el junco de Tib en el índice de Tom como disfraz en martes de Carnaval, la danza morisca en el primer día de mayo, la clavija en su agujero Y los cuernos en un cornudo, como una mujer regañona a un marido avinagrado, como los labios de una monja a la boca de un fraile, como el «puding» a su envoltura.
LA CONDESA.- ¿Tan universal es vuestra respuesta?
EL BUFÓN.- Desde vuestro duque a vuestro constable, se ajusta perfectamente a todas las preguntas.
LA CONDESA.- Debe ser una respuesta inmensamente larga la que reúna todos esos caracteres.
EL BUFÓN.- Nada, sino una broma de buen género para el sabio que pueda apreciarla en su justo valor. Hela aquí, con todas sus propiedades. Preguntadme si soy un cortesano; en seguida seréis informada.
LA CONDESA.- ¡Volvámonos jóvenes, si es posible! Os propondré la pregunta como una loca, en la esperanza de que vuestra respuesta me torne prudente... Decidme, pues, señor, ¿sois cortesano?

EL BUFÓN.- «¡Oh, Lord, sir!». Recurso muy sencillo para salir del apuro. Más, más, un centenar, si es preciso, de preguntas análogas.
LA CONDESA.- Señor, soy un pobre diablo, uno de vuestros amigos, que os ama sinceramente.
EL BUFÓN.- «¡Oh, Lord, sir! ¡Firme, firme, no me dejéis respirar!
LA CONDESA.- Pienso, señor, que no podéis comer un manjar tan común.
EL BUFÓN.- «¡Oh, Lord, sir!» Vaya, continuad; a fe mía que encontraréis con quien hablar.
LA CONDESA.- No hace mucho tiempo, señor, fuisteis azotado, según me han dicho.
EL BUFÓN.- «¡Oh, Lord, sir! ¡No me perdonéis!
LA CONDESA.- ¿Decís «¡Oh, Lord, sir!» y «¡No me perdonéis!», cuando se os azota? Verdaderamente, vuestro «¡Oh, Lord, sir!» es una respuesta muy oportuna. Veo que responderíais tan bien al azote como si estuvierais a punto de recibirlo.
EL BUFÓN.- Jamás en mi vida me he visto tan mal asistido con mi «¡Oh, Lord, sir!» Ahora comprendo que las cosas pueden servir mucho tiempo, mas no siempre.
LA CONDESA.- ¡Bello entendimiento derrochar el tiempo tan alegremente con un loco!
EL BUFÓN.- «¡Oh, Lord, sir!» ¡Vaya, que ahora está muy oportunamente colocado!
LA CONDESA.- Acabemos ya, señor. A nuestro asunto. Remitid esta carta a Elena y decidle que conteste inmediatamente. Mis recuerdos a todos mis conocidos y a mi hijo. ¡No es mucho exigir esto!
EL BUFÓN.- No es mucho exigir de ellos.
LA CONDESA.- Ni demasiado de vos. ¿Me comprendéis?
EL BUFÓN.- Con muchísimo gusto. Estaré en la corte aun antes de que lleguen mis piernas.
LA CONDESA.- Regresad a toda prisa. *(Salen por diversos lados.)*

Escena III

PARÍS.- UN APOSENTO EN EL PALACIO DEL REY.

Entran BELTRÁN, LAFEU *y* PAROLLES.

LAFEU. - Se dice que pasó la época de los milagros, y tenemos filósofos que consideran como acontecimientos ordinarios y corrientes los fenómenos sobrenaturales e incomprensibles. De aquí proviene que nos burlemos de los más admirables prodigios, atrincherándonos en una ciencia ilusoria, cuando debíamos ceder humildemente al miedo de lo desconocido.
PAROLLES.- Es el fenómeno más grande de estupefacción de nuestros últimos tiempos.
BELTRÁN.- Ciertamente.
LAFEU.- Después de haber sido abandonado por todos los empíricos...
PAROLLES. -Es lo que yo digo.
LAFEU.- De Galeno y de Paracelso.
PAROLLES.- Es lo que yo digo.
LAFEU.- De todos los hombres más privilegiados e ilustres.
PAROLLES.- Ciertamente; es lo que yo digo.
LAFEU.- Que le consideraban como un hombre incurable...
PAROLLES.- Eso es lo que yo digo.
LAFEU.- A quien nada podía ya salvar...
PAROLLES.- Cabalmente; como un hombre de quien...
LAFEU.- La vida era incierta y segura la muerte.
PAROLLES.- Eso mismo; decís bien. Lo que iba a decir yo.

LAFEU.- Puedo afirmar, sin mentir, que es verdaderamente cosa nueva en el mundo.
PAROLLES.- Verdaderamente. Si queréis una demostración del caso, leed... ¿Cómo llamaríais a esto?
LAFEU.- *La Demostración de un efecto divino en un actor terrestre*.
PAROLLES.- Es precisamente lo que yo hubiera dicho; exactamente lo mismo.
LAFEU.- Y el caso es que vuestro delfín no es más vigoroso; quiero decir bajo el aspecto...
PAROLLES.- Sí que es extraño, muy extraño. El procedimiento más breve, pero el más embarazoso del asunto. Habrá que convenir, por tanto, que es un espíritu muy perverso quien se resista a reconocer aquí...
LAFEU.- La mano del cielo...
PAROLLES.- Sí, lo que yo digo.
LAFEU.- En el ministro más débil y pusilánime ha resplandecido el poder más soberano y más trascendental; cosa que, aparte de la curación del rey, es para que estemos universalmente agradecidos.
PAROLLES.- Es lo que quería yo decir; habéis hablado divinamente. Aquí tenemos al rey.

(Entran el REY, ELENA *y acompañamiento.)*

LAFEU. - *Lustig!,* como dice el holandés. Mientras me quede un diente en mis encías, amaré a las muchachas. El monarca es ahora capaz de bailar con ella un coranto.
PAROLLES.- *Mort du vinaigre*! ¿No es ésta Elena?
LAFEU.- ¡Pardiez! Creo que sí.
EL REY.- Id a llamar a todos los señores de la corte. *(Sale uno del séquito). (A Elena).* Libertadora mía, sentaos junto a vuestro enfermo, y recibid por segunda vez la confirmación de mi promesa de esta mano rejuvenecida a la cual habéis restituido movimiento y vida. Estoy dispuesto a concederos la merced deseada por vos, y sólo aguardo a que me indiquéis el elegido. *(Entran varios señores.)* Bella joven, pasead los ojos en torno vuestro. Puedo disponer de todos esos nobles célibes, sobre los cuales tengo derecho de soberano y de padre. Elegid libremente; tenéis facultad de escoger, sin que ellos tengan la de rehusar.
ELENA.- ¡Deseo para cada uno de vosotros una bella y virtuosa dama cuando le plazca al Amor! A todos vosotros, exceptuando a uno solo, sin embargo.
LAFEU.- Daría mi bayo Curtal, con caparazón y todo, a trueque de ser uno de esos jóvenes y no tener pelo en la barba.
EL REY.- Miradlos bien; no hay uno que no sea de noble padre.
ELENA.- Caballeros, por mediación mía el cielo ha devuelto la salud al rey.
TODOS.- Lo sabemos, y rogamos al cielo por vos.
ELENA.- No soy más que una joven y sencilla doncella, y éste es mi mejor tesoro. Repito que soy una doncella. Si así place a vuestra majestad, he concluido; mi rostro se ha puesto encarnado, y parece decirme: «Te ruborizas por el compromiso en que te ves de elegir. Si te rehusan, imprímase para siempre en tu rostro la palidez de la muerte; porque jamás se volvería a teñir con ese color».
EL REY.- Escoged. Quien rehuse vuestro amor perdera el mío.
ELENA.- ¡Ahora, Diana, voy a abandonar tus altares! Mis suspiros se vuelven hacia el Amor, el dios poderoso... Señor, ¿estáis dispuesto a escuchar mi petición?
SEÑOR PRIMERO.- Y a conformarme con ella.
ELENA.- Gracias, señor; todo lo demás, silencio.
LAFEU.- Más quisiera ser objeto de su preferencia que jugar mi vida a un «ambesás».

ELENA.- Señor, la nobleza que en vuestros bellos ojos centellea me proporciona una respuesta severa aun antes de hablar. ¡Quiera el Amor concederos una fortuna veinte veces más elevada que la del ser que por vos formula ese deseo, y que su humilde amor!
SEÑOR SEGUNDO.- A nada mejor que a eso aspiro, con vuestro permiso.
ELENA.- ¡Agradeced mi voto y quiera el Amor cumplirlo! Con lo cual me despido de vos.
LAFEU.- ¿Todos la rehusan? Si fueran hijos míos, mandaría azotarlos o los enviaría al Turco para hacer eunucos de ellos.
ELENA (*Al tercer señor.)*- No temáis si tomo vuestra mano. No os haré mal alguno intencionadamente. ¡Satisfechas sean todas vuestras aspiraciones! Si un día os casáis, quiera el cielo hallaros mejor en vuestro lecho.
LAFEU.- Esos jóvenes son de hielo. Ninguno la quiere. A buen seguro que son bastardos hijos de ingleses. No puede ser que hayan tenido a franceses por padres.
ELENA (*Al cuarto señor*.)- Vos sois demasiado joven, demasiado feliz y demasiado bueno para querer a un hijo formado de mi sangre.
SEÑOR CUARTO.- No pienso yo así, beldad encantadora.
LAFEU.- He ahí un racimo... Seguro estoy de que su padre era bebedor... Pero no eres un jumento, yo soy un muchacho de catorce años. Te conozco de antiguo.
ELENA (*A Beltrán.)*- No me atrevo a decir que en vos recae mi elección; pero desde este momento dedico mi vida a serviros, colocándome por entero bajo vuestra dirección y a vuestro poder. Éste es el hombre.
EL REY.- Entonces, joven Beltrán, tómala; tu esposa es.
BELTRÁN.- ¿Mi esposa, soberano señor? Permítame vuestra majestad que en un asunto de tal naturaleza me atenga a mí mismo.
EL REY.- ¿No sabes, Beltrán, lo que ha hecho ella por mí?
BELTRÁN.- Sí, mi buen señor; pero ignoro por qué razón he de tomarla por esposa.
EL REY.- Bien sabes que me ha sacado casi de mi lecho de muerte.
BELTRÁN.- ¿Y por eso señor, tengo que satisfacer con mi desgracia el premio de vuestro restablecimiento? La conozco perfectamente; ha sido educada a expensas de mi padre. ¿Yo casarme con la hija de un pobre médico?... ¡Antes prefiero la deshonra!
EL REY.- Lo que motiva tu desdén por ella es la ausencia de títulos. Si no es más que eso, puedo dárselos. ¡Cosa singular! Si se mezclara la diversidad de nuestras sangres sería imposible distinguirlas por el color, por el peso o por el ardor; ¿de qué depende, pues, esa diferencia que las separa? Si es verdad que es lo más virtuosa posible, sí sólo tiene en su contra su calidad de hija de un pobre médico, sacrificas la virtud a un nombre vano. No obres así. Cuando la virtud resplandece en medio de una condición obscura, las acciones virtuosas ennoblecen a su cultivador. Allí en donde los títulos se hinchan, y falta la virtud, no hay más que un honor abotagado. El bien y el mal son como son intrínsecamente, y de ninguna manera dependen de los calificativos que se les añaden. No es el nombre, sino el modo de ser de la cosa lo que constituye su valor. Elena tiene como patrimonio juventud, virtud y hermosura, bienes que ha merecido de la Naturaleza por línea recta, y su posesión es muy honrosa. No lo es, en cambio, vanagloriarse de ser hijo del honor sin asemejarse a su padre. La distinción más gloriosa es la que procede de nuestros actos, no aquella que nos han transmitido los antepasados por herencia. Los simples títulos son esclavos prostituidos en la tumba, mentidos trofeos que se levantan sobre una soberbia sepultura, mientras que el polvo y un injusto olvido pesa las más de las veces sobre las cenizas virtuosas. ¿Qué respondes? Si esa joven te conviene por esposa, puedo yo hacer todo lo demás. Ella te lleva en dote su persona y su virtud. Yo añadiré títulos nobiliarios y fortuna.

BELTRÁN.- No puedo amarla, ni quiero esforzarme en ello.
EL REY.- Harta vergüenza sería para ti que el amarla te costara algún esfuerzo.
ELENA.- Señor, me siento recompensada sólo con veros restablecido. No hablemos de lo demás.
EL REY.- Se halla en juego mi honor, y para salvarlo estoy resuelto a desplegar todo mi poder. Recibe su mano, orgulloso caballero. Indigno eres de esa merced, tú, que con tus insultantes desdenes rechazas mi cariño y su mérito. Ni siquiera sospechas que si en uno de los platillos de la balanza se la colocara a ella junto con el favor que de mí ha merecido (y del que tan poco caso haces) sería mucho más ligero tu peso. No sabes ver, en fin, que en mi mano está trasplantar tus honores adonde mejor me parezca hacerlos florecer. Reprime ese menosprecio, obedece a nuestra voluntad, que por tu bien se desvela; no des oídos a las sugestiones de un vano orgullo; antes, al contrario, en interés de tu propia fortuna, apresúrate a obedecer como te lo exige el respeto de mi autoridad. Si así no lo haces, te retiro para siempre mi favor y desde ahora te abandono a los vértigos y errores de la juventud y de la ignorancia. Mi venganza y mi odio pesarán con justicia y sin misericordia sobre tu cabeza. Habla, aguardo tu respuesta.
BELTRÁN.- Perdón, mi gracioso señor. Someto mi amor a vuestros ojos. Cuando considero los bienes de que sois manantial y el inmenso tesoro de honor que se adquiere estando a vuestras órdenes nada encuentro que pueda echarse en cara a la joven que mi noble orgullo me inducía a menospreciar. La aprobación del rey reemplaza muy bien la baja calidad de su nacimiento.
EL REY.- Tómala su mano y dile que te pertenece. Yo prometo llenar el vacío que existe entre su fortuna y la tuya, o más bien, aumentar considerablemente esta última.
BELTRÁN.- Tomo su mano.
EL REY.- Sonrían a este enlace la felicidad y el favor del rey. Al consentimiento de las partes seguirá inmediatamente la ceremonia, que se verificará esta misma noche, aplazando las fiestas para cuando lleguen nuestros amigos ausentes. Yo mediré tu adhesión a mí por tu amor a ella. De otra suerte cometerás un grave yerro.

(Sale el REY *con su séquito, seguido de* BELTRÁN, ELENA *y* SEÑORES.*)*

LAFEU.- Oíd, caballero, una palabra, si os place.
PAROLLES.- ¿Qué se os ofrece, señor?
LAFEU.- Vuestro amo y señor ha hecho muy bien en retractarse.
PAROLLES.- ¿Retractarse? ¡Mi señor!... ¡Mi amo!
LAFEU.- Sí. ¿No hablo acaso en lenguaje inteligible?
PAROLLES.- Lenguaje algo brusco para mis oídos y que no puede comprenderse sin que determine un derramamiento de sangre. ¡Mi amo!
LAFEU.- ¿Sois camarada del conde del Rosellón?
PAROLLES.- De cualquier conde puedo serlo y de quienquiera que sea hombre.
LAFEU.- Querréis decir de cualquiera que sea criado de conde. En cuanto a ser amo del mismo, es otro negocio.
PAROLLES.- Sois muy viejo, señor; básteos saber que sois muy viejo.
LAFEU.- Pues te diré, bergante, que también tengo calidad de hombre, a la cual no llegarás tú con toda la edad.
PAROLLES.- No me atrevo a hacer aquello a que pudiera atreverme con vos.
LAFEU.- En las dos veces que he cenado contigo te he considerado un mozo razonable. Relatabas bastante bien tus viajes, lo cual podía aceptarse. Sin embargo, al ver los gallardetes y banderolas con que te empavesabas, sospeché que no eras navío de gran porte.

Te he encontrado ahora y aun cuando te perdiera, poco me importaría. No vales más que para que te lleven la contraria, ni mereces la pena de que se fijen en ti.
PAROLLES.- Si no tuvierais el privilegio de la edad, que os impide defenderos...
LAFEU.- No te encolerices tan pronto, no sea que después te arrepientas. Pero no... ¡Tenga Dios lástima de un cobarde como tú! Queda con Dios, puerta resquebrajada; ninguna necesidad tengo de abrirte, pues veo a través de ti. Dame tu mano.
PAROLLES.- Señor, me estáis ultrajando de una manera indigna.
LAFEU.- Sí, Con todo mi corazón y merecido lo tienes.
PAROLLES.- No, señor, no lo merezco.
LAFEU.- Sí, a fe que mereces cada dracma de esa indignidad, de que yo no batiría ni un gramo.
PAROLLES.- Está bien; en adelante seré más discreto.
LAFEU.- Lo más pronto posible. Mucho tienes que hacer para ello. Si alguna vez te agarrotan con tus propios gallardetes, tras apalearte, conocerás entonces lo que da de sí el juntar el orgullo con el servilismo. Tengo ganas de continuar nuestras relaciones, o más bien, el estudio que de ti estoy haciendo, para poder decir en alguna ocasión: «Ved aquí a un hombre a quien conozco».
PAROLLES.- Señor, me estáis vejando de una manera insoportable.
LAFEU.- Quisiera infligirte las penas del infierno, y prolongar así eternamente tu aflicción. Pero mi vigor se marcha, y yo quiero marcharme igualmente de tu presencia con tanta rapidez como me permita mi edad. *(Sale.)*
PAROLLES.- Un hijo tienes en el cual lavaré esa afrenta, granuja, impertinente y asqueroso viejo. Vaya, paciencia: con estos grandes señores no puede uno nada. En ofreciéndoseme ocasión oportuna, me batiré con él, aunque fuese dos veces un doble lord. No tendré más miramientos con su edad que si fuera... ¡Oh! Le golpearé, si llego a encontrarlo en mi camino.

(Vuelve a entrar LAFEU.*)*

LAFEU.- ¡Bribonazo! Vuestro dueño y señor se ha casado, os lo anuncio. Tenéis una nueva ama.
PAROLLES.- Ruégoos con insistencia que no continuéis en vuestras impertinencias. Él es mi benévolo señor. Pero yo no tengo otro dueño más que Aquél de allá arriba, a quien sirvo.
LAFEU.- ¿Quién? ¿Dios?
PAROLLES.- Sí, señor.
LAFEU.- Al diablo es a quien tú sirves. ¿A qué cruzar los brazos de esa manera? ¿Quieres hacer calzones de tus mangas? ¿Hacen otro tanto los demás criados? Por mi honor, que si fuese tan sólo dos horas más joven de lo que soy, te apalearía. A lo que veo, eres objeto de aversión universal, y todos debieran sacudirte. Paréceme que has sido creado para que las gentes te soplen a la cara.
PAROLLES.- Vuestro tratamiento es duro, y disto mucho de merecerlo, señor.
LAFEU.- Vamos, señor; que fuiste zurrado en Italia por haber sacado una pepita de una granada. Eres un vagabundo y no un verdadero viajero. Tienes más desenfado para con los señores y demás personajes ilusres de lo que te permiten el escudo de armas de tu nacimiento y tus cualidades. No mereces otro título sino el de sinvergüenza. Te dejo. *(Sale.)*

(Entra BELTRÁN.*)*

PAROLLES.- Bien, muy bien, así es... Bien está; guardémoslo en secreto por ahora.
BELTRÁN.- ¡Perdido para siempre, y condenado a eternas inquietudes!

PAROLLES.- ¿Qué tenéis, mi caro amigo?
BELTRÁN.- Aunque con toda solemnidad la haya aceptado por mujer ante el altar, jamás compartiré su lecho.
PAROLLES.- ¿Qué hay, caro amigo mío?
BELTRÁN.- ¡Oh! Mi querido Parolles, me han casado. Quiero marchar cuanto antes a la guerra de Toscana, y así evitaré el admitirla en mi lecho.
PAROLLES.- Francia es una perrera, que no merece ser pisada por un hombre honrado. ¡A la guerra!
BELTRÁN.- Aquí hay cartas de mi madre, cuyo contenido ignoro todavía.
PAROLLES.- Pues convendría saberlo. ¡A la guerra, mi niño, a la guerra! Mantiene su honor encerrado dentro de una caja el que acaricia en su hogar a su media naranja, gastando entre sus brazos el vigor viril que debería emplear en vencer los brincos y la fogosidad del ardiente corcel de Marte. Partamos para otros climas. Francia es un establo, y cuantos permanezcamos en ella somos unos rocines. ¡Ea, pues! ¡A la guerra!
BELTRÁN.- Estoy decidido. A ella la mandaré a mi casa. Haré sabedora a mi madre del odio que le tengo y del motivo de mi fuga; escribiré al rey lo que no me atrevo a decirle de palabra. Las mercedes que acaba de prodigarme costearán los gastos que pueda hacer durante esas guerras de Italia en que tantos valientes han ido a combatir. La guerra es un estado apacible al lado de un hogar lúgubre y de una mujer a quien se detesta.
PAROLLES.- ¿Tenéis la seguridad de la constancia de ese «capriccio»?
BELTRÁN.- Entrad conmigo en ese aposento, y aconsejadme. Quiero despedirla inmediatamente. Mañana marcharé para Italia y la abandonaré al aislamiento de su dolor.
PAROLLES.- En hora buena, esas son balas que rebotan y hacen ruido. La cosa es dura. Un joven que se casa está perdido. Partamos pues, y abandonémosla con toda valentía. El rey os ha ultrajado. Pero... ¡Bah! Eso no importa. *(Salen.)*

Escena IV

OTRO APOSENTO EN EL PALACIO.

Entran ELENA *y el* BUFÓN.

ELENA.- Mi madre me envía sus afectuosos recuerdos; ¿está bien?
EL BUFÓN.- No mucho, y, sin embargo, goza de excelente salud. Está alegre, y sin embargo, no se encuentra bien. Gracias a Dios, está perfectamente; nada le hace falta en este mundo; pero eso no impide el que no esté bien.
ELENA.- Si está muy bien, ¿qué mal puede sufrir?
EL BUFÓN.- En verdad, está muy bien, excepto en dos cosas.
ELENA.- ¿Y cuáles son esas dos cosas?
EL BUFÓN.- La una, que no está en el cielo, ¡adonde Dios quiera llevarla pronto! La otra, que está en la tierra, ¡de donde quiera el cielo sacarla en seguida!

(Entra PAROLLES.)

PAROLLES.- Dios os bendiga, afortunada señora.
ELENA.- Me alegro, señor, de que mi felicidad haya obtenido vuestra aprobación.
PAROLLES.- Mis ruegos son de que vaya siempre en aumento y que perdure constantemente... ¡Hola!... ¿Eres tú, pícaro? ¿Cómo está nuestra anciana señora?
EL BUFÓN.- Con tal que vos tengáis sus arrugas, y yo su dinero, quisiera que sucediese tal cual habéis dicho.
PAROLLES.- ¡Pero si no digo nada!...

EL BUFÓN.- A fe que obráis todo lo más cuerdamente posible. A menudo la lengua de un criado ocasiona a su amo su ruina. No decir, no hacer, no saber cosa alguna, constituye la mayor parte de vuestro mérito, que es, poco más o menos, equivalente a nada.
PAROLLES.- ¡Atrás, pícaro!
EL BUFÓN.- Hubierais debido decir que soy un pícaro que habla a otro pícaro. Ésa habría sido la verdad, señor.
PAROLLES.- Eres un loco ingenioso; te conozco.
EL BUFÓN.- ¿Es dentro de vos donde me conocéis? ¿O es que os han enseñado la manera de conocerme? Las pesquisas no han sido infructuosas, y podéis comprender que en vos hay mucho de loco, con gran contento del mundo y con evidente acrecentamiento de sus risas.
PAROLLES.- Avisado tunante y harto bien nutrido, a fe mía... Señora, mi señor parte esta misma noche; un negocio muy serio lo exige. Sabe lo que os debe; reconoce los deberes que le impone el amor, pero se ve en la precisión de aplazar su cumplimiento. Esa abstinencia y esas dilaciones serán compensadas después con delicias inefables, y resultará más dulce la felicidad que les suceda, en cuanto el placer se llene hasta los bordes.
ELENA.- ¿Exige algo más de mí?
PAROLLES.- Que os despidáis inmediatamente del rey, haciendo como si de vos procediera esa determinación, y disfrazándola con todos los pretextos que os puedan parecer de necesidad.
ELENA.- Y ¿qué más ordena?
PAROLLES.- Que luego de haber conseguido la aprobación del rey, aguardéis sus órdenes ulteriores.
ELENA.- Obedeceré puntualmente.
PAROLLES.- Voy a decírselo.
ELENA.- Os lo suplico... Vamos, bribón. *(Salen.)*

Escena V

OTRO APOSENTO DEL MISMO PALACIO.

Entran LAFEU *y* BELTRÁN.

LAFEU.- Pero Vuestra Señoría no le tendrá por guerrero.
BELTRÁN.- Sí, y por guerrero valiente y probado.
LAFEU.- Será que os lo ha dicho él.
BELTRÁN.- Tengo, además, testimonios fidedignos.
LAFEU.- Entonces mal va mi cuadrante. Había tomado a esa alondra por un verderón.
BELTRÁN.- Os aseguro, señor, que es hombre muy instruido y no menos valiente.
LAFEU.- En ese caso, he faltado contra su ilustración y he pecado contra su bravura. Mi posición es tanto más peligrosa cuanto que por más que interrogue a mi conciencia, no puedo resolverme al arrepentimiento... He aquí viene; reconciliadme, os lo suplico; quiero proseguir en su amistad.

(Entra PAROLLES*)*

PAROLLES (*A Beltrán.)*- Todo será ejecutado, señor.
LAFEU *(A Parolles.)*- ¿Sabríais decirme cuál es su sastre?
PAROLLES.- ¡Señor!
LAFEU.- ¡Oh! Le conozco; efectivamente, señor, es un artista excelente,muy buen sastre.
BELTRÁN.-(*Aparte a Parolles.)* ¿Se ha avistado ya ella con el rey?
PAROLLES.- Sí.
BELTRÁN.- ¿Partirá esta misma noche?

PAROLLES.- Cuando queráis.
BELTRÁN.- He escrito ya mis cartas, he encerrado en el cofre mi dinero, y he dado las órdenes para que me tengan preparados los caballos. Esta misma noche, en la hora precisa en que debiera tomar posesión de mi desposada, antes de comenzar...
LAFEU.- No es desdeñable un buen viajero para oír sus relatos al final de una comida. Pero el que miente en las tres terceras partes de sus cuentos y emplea una verdad conocida para hacer tragar mil embustes, ese tal merece que le oigan una vez tan sólo y que le sacudan tres... ¡Dios os guarde, capitán!
BELTRÁN.- ¿Ha habido algún disgusto entre este señor y vos?
PAROLLES.- No sé cómo habré podido caer en desgracia de este noble señor.
LAFEU.- Completamente, con botas y espuelas. Y en habiendo salido del atolladero en que estáis, huiréis a todo escape sin pedir el resto, como bufón que salta sobre la crema.
BELTRÁN.- Quizá os habéis engañado en lo que a él se refiere.
LAFEU.- Eso me sucedería siempre, aunque le sorprendiera en la oración. Adiós, señor, y creedme, no puede haber almendra dentro de esa ligera cáscara de nuez; toda su alma está en sus vestidos. No os fiéis de él en materias tan importantes; he domesticado animales de esa familia y conozco sus caracteres. *(A Parolles.)* Adiós, monsieur. He hablado de vos mejor que lo habéis merecido o que nunca mereceréis. Pero nos está mandado hacer bien por mal. *(Sale.)*
PAROLLES.- Es un hombre vano, os lo juro.
BELTRÁN.- Así lo creo.
PAROLLES.- ¡Pues qué!... ¿no le conocéis?
BELTRÁN.- Sí; le conozco perfectamente; goza de buena reputación... Ya llegó mi pesadilla.

(Entra ELENA*.)*

ELENA.- Señor, según me habéis ordenado, acabo de presentarme al rey, consiguiendo el permiso para partir inmediatamente. Sin embargo, deseo hablaros en particular.
BELTRÁN.- Obedeceré. No os extrañe, Elena, mi proceder, que no parece acomodarse a las circunstancias y que no responde a lo que se podía esperar de mí. No estaba preparado para este enlace; y esto es causa del desorden y confusión en que me veis. Por esto os suplico que os pongáis inmediatamente en camino para restituiros a mi casa. No me preguntéis la razón; contentaos con adivinarla, porque mis razones son más poderosas de lo que a primera vista parece, así como son urgentes las necesidades que me apremian y que vos ignoráis. Esto es para mi madre. *(Le entrega una carta.)* No os veré hasta de aquí a dos días. De consiguiente, os dejo a la dirección de vuestra prudencia.
ELENA.- Señor, soy vuestra sierva obediente. Es cuanto puedo deciros.
BELTRÁN.- ¡Vamos, vamos! No hablemos de eso.
ELENA.- Mientras viva, trabajaré para adquirir lo que me falta. Mi humilde estrella me ha impedido alcanzar tan alta fortuna.
BELTRÁN.- Dejemos eso; llevo prisa. Adiós. Volveos a mi casa.
ELENA.- Perdonadme, señor, os ruego.
BELTRÁN.- Bien. ¿Qué queréis decir?
ELENA.- No soy digna del tesoro que poseo. No me atrevo a decir que es mío, y, sin embargo, lo es... Pero, a la manera de un ladrón medroso, quisiera hurtar lo que legítimamente me pertenece.
BELTRÁN.- ¿Que deseáis?

ELENA.- Cualquier cosa... Poco... Nada en verdad... No me atrevo a decir lo que quisiera, señor... Pero, no... Lo diré. Los extraños, los enemigos, se separan, pero no se abrazan...
BELTRÁN.- No nos retardemos, os lo pido. ¡A caballo!
ELENA.- No infringiré vuestras órdenes, mi buen señor.
BELTRÁN.- (*A Parolles.)* ¿Dónde están los otros de mi acompañamiento, monsieur?... *(A Elena.)* ¡Adiós! *(Sale* ELENA*.)*
BELTRÁN.- ¡Corre a mi castillo, en el cual no pondré los pies mientras pueda empuñar una espada u oír el tambor!... *(A Parolles.)* ¡Partamos y salvémonos!
PAROLLES.- ¡Bravo! ¡«Coragio»!... *(Salen.)*

Acto tercero

Escena primera

FLORENCIA.- ANTE EL PALACIO DEL DUQUE.

Trompetería.- Entran el DUQUE DE FLORENCIA, *con su séquito; dos* SEÑORES *franceses y* SOLDADOS.

EL DUQUE.- Habéis entendido exactamente los motivos de esta guerra, cuyos grandes intereses han hecho verter ya mucha sangre, la cual a su vez hace aumentar la sed de derramarla.
SEÑOR PRIMERO.- La contienda parece santa de parte de vuestra alteza, y por la de los enemigos parece inicua y odiosa.
EL DUQUE.- Lo que me admira es que nuestro primo el rey de Francia pueda, en causa tan justa, cerrar su corazón a nuestras súplicas y rehusarnos el apoyo.
SEÑOR SEGUNDO.- Noble príncipe, no puedo ilustraros sobre los verdaderos motivos que tiene nuestro gobierno para abstenerse, ni hablar de aquéllos más que como hombre vulgar que no está en el secreto de los negocios e interpreta el augusto consejo de los reyes según sus imperfectos y obscuros conocimientos. Por esto no me atrevo a emitir mi opinión sobre el particular, tanto más cuanto que me he engañado en mis inciertas conjeturas siempre que he intentado penetrar los misterios del Estado.
EL DUQUE.- Que haga Francia en esto lo que mejor le acomode.
SEÑOR SEGUNDO.- Yo tengo la seguridad de que nuestra juventud francesa, que se aburre en la ociosidad, acudirá en tropel todos los días al lado nuestro, como el que busca un remedio.
EL DUQUE.- Será bien recibida, y la recompensaré con todos los honores que pueda prodigar. Conocéis ya vuestros puestos. Grandes ascensos habrá para vosotros,cuando los principales jefes del ejército sucumban. Su caída os elevará a su dignidad... Mañana nos veremos en el campo de batalla. *(Trompetería. Salen.)*

Escena II

EN EL ROSELLÓN.- APOSENTO EN EL PALACIO DE LA CONDESA.

Entran la CONDESA *y el* BUFÓN.

LA CONDESA.- Todo ha sucedido como yo esperaba, menos que él no viene con ella.
EL BUFÓN.- Por mi fe, considero a mi joven señor como un verdadero melancólico.
LA CONDESA.- ¿En qué te fundas? Veamos.
EL BUFÓN.- Pues en que contempla sus botas y canta; se ajusta la gorguera y canta; hace algunas preguntas y canta; límpiase los dientes y canta. Conocí a un hombre con ese género de melancolía, que llegó a vender todo un palacio por una canción.
LA CONDESA.- Sepamos lo que ha escrito y cuándo piensa volver. *(Abriendo una carta.)*
EL BUFÓN.- No me interesa Isabelita, desde que salí de la corte. Nuestras doncellas y nuestras Isabelitas del campo en nada se parecen a las doncellas y a las Isabelitas de la Corte. Quebrantado está el cerebro de mi Cupido, Y comienzo a amar como un anciano ama el dinero; sin apetito y sin placer.
LA CONDESA.- ¿Qué tenemos aquí?
EL BUFÓN.- Ni más ni menos que lo que ahí tenéis. *(Sale.)*
LA CONDESA *(Leyendo.)- «Os envío una nuera: ella ha curado al rey y me ha perdido a mí. La he tomado por esposa, pero le he rehusado el lecho y jurado un «no» eterno. No faltará quien os comunique mi evasión. Sabed1a antes de que os llegue por la voz del público. Mientras el mundo sea suficientemente amplio, pondré la mayor distancia entre ella y yo. Aceptad mi consideración y respeto. Vuestro desgraciado hijo, Beltrán.»* Joven temerario e incorregible, mal procedes despreciando de esa suerte los favores de un rey tan bondadoso y atrayendo sobre tu cabeza su indignación, por rehusar a una joven harto virtuosa y que no debe ser desechada ni siquiera por el mismo monarca.

(Vuelve a entrar el BUFÓN*.)*

EL BUFÓN.- ¡Oh señora! Corren por ahí muy tristes noticias entre dos soldados y mi joven ama.
LA CONDESA.- Pues ¿qué sucede?
EL BUFÓN.- Nada, porque hay algo consolador en tales nuevas. Vuestro hijo no será muerto tan pronto como yo suponía.
LA CONDESA.- ¿Y por qué han de matarle?
EL BUFÓN.- Quiero decir, señora, que ha huido y está en salvo, según se susurra. El peligro consistía en permanecer al lado de la mujer, que es la desgracia de los hombres, si bien es ella el único medio para tener hijos. Pero, mirad, ya vienen; ellos se explicarán mejor. Por lo que a mi se refiere, sólo puedo decir que se salvó vuestro hijo. *(Sale.)*

(Entra ELENA *acompañada de dos* GENTILESHOMBRES.*)*

GENTILHOMBRE PRIMERO.- Dios os guarde, apreciable condesa.
ELENA.- Señora, mi esposo ha partido, partido para siempre.
GENTILHOMBRE SEGUNDO.- No habléis así.
LA CONDESA.- Ármate de paciencia. Caballeros, tened la bondad de hablar. He recibido tantas sacudidas de placer y de dolor, que mi espíritu ya no se conmueve, ni reaparece en mí la debilidad propia de la mujer. Decidme, ¿dónde está mi hijo?
GENTILHOMBRE SEGUNDO.- Señora, ha ido a servir en las guerras del duque de Florencia. Le hemos encontrado en aquel país, de donde venimos, y al que regresaremos en cuanto hayamos despachado ciertos asuntos diplomáticos.
ELENA.- Pasad los ojos por esta carta, señora. He aquí mi pasaporte. «Cuando hayas obtenido la sortija que llevo en el dedo, del cual jamás saldrá, y cuando me ofrezcas a uno de tus hijos de quien haya sido yo el padre, *entonces* me llamarás marido. Pero a este *entonces* le llamo yo jamás.» ¡Es una terrible sentencia!
LA CONDESA.- ¿Habéis sido portadores de esta carta, caballeros?
GENTILHOMBRE PRIMERO.- Sí, señora; y en atención a su contenido, participamos de vuestro pesar.
LA CONDESA.- Te exijo, querida, que tengas valor. Si para ti sola reservas esos dolores, de ellos me robas la mitad. Era mi hijo; pero en este mismo instante borro de mi corazón su nombre, y tú serás mi único hijo. ¿Habéis dicho que ha ido a Florencia?
GENTILHOMBRE SEGUNDO.- Sí, señora.
LA CONDESA.- ¿Y en calidad de soldado?
GENTILHOMBRE SEGUNDO.- Tales son, en efecto, sus nobles designios, y estoy seguro de que el duque le otorgará todos los honores que reclama la dignidad de su rango.
LA CONDESA.- ¿Vais a volver allá?
GENTILHOMBRE PRIMERO.- Sí, señora, lo más pronto posible.
ELENA *(Leyendo.)- «Hasta que no tenga mujer, nada tengo que hacer en Francia.» ¡Qué* amargo es esto!
LA CONDESA.- ¿Eso dice ahí?
ELENA.- Sí, señora.
GENTILHOMBRE PRIMERO.- Será, felizmente, un extravío de la mano, en el cual no habrá consentido el corazón.
LA CONDESA.- ¡Nada que hacer en Francia hasta que no tenga mujer! Nada hay en Francia que sea demasiado bueno para él, a excepción de Elena. Ella merecería un esposo servido por veinte jóvenes aturdidos como él, que la llamarían señora en todos los momentos... ¿Y qué acompañamiento llevaba mi hijo?

GENTILHOMBRE PRIMERO.- Un solo criado y un gentilhombre a quien conocí en otro tiempo.
LA CONDESA.- Parolles, ¿no es verdad?
GENTILHOMBRE PRIMERO.- Ese mismo, respetable señora.
LA CONDESA.- Es un alma corrompida y llena de malicia. Mi hijo, seducido por sus consejos, ha manchado su condición de hombre de buena cuna.
GENTILHOMBRE SEGUNDO.- Efectivamente, buena señora, ese hombre es de mucha maldad y sabe sacar partido de ella.
LA CONDESA.- Bien venidos seáis, caballeros. Cuando tornéis a ver a mi hijo, os suplico le digáis que su espada no conquistará un honor equivalente al que hoy ha perdido. Por lo demás, os ruego que le entreguéis la carta que voy a escribirle.
GENTILHOMBRE SEGUNDO.- Estamos prontos, señora, a serviros en esta ocasión y en cualquier otro asunto de mayor empeño.
LA CONDESA.- No, sino que a cambio de vuestros cumplidos ofrecimientos, aceptéis los míos. ¿Queréis acompañarme? *(Salen.)*
ELENA.- «*Hasta que no tenga mujer*, *nada tengo que hacer en Francia. ¡Nada tendré en Francia hasta que allí mujer* no *tenga!»* No tendrás esa mujer. Rosellón; no la tendrás más, Francia. Vuelve, pues, conde, a entrar en posesión de lo que aquí tenías. ¡Pobre conde! ¿Soy yo acaso quien te destierro de tu patria y expongo tus miembros a los furores de la guerra que a nadie perdona? ¿Soy yo, por ventura, quien te alejo de una corte agradable, en que eras objeto de las más bellas miradas, para que sirvas de blanco a los humeantes mosquetazos? ¡Oh, mensajeros de plomo, que cabalgando en alas del fuego voláis con rapidez vertiginosa! Desviaos y no deis en el blanco. Atravesad el aire invulnerable que al silbar vulnera, pero no toquéis a mi esposo! Yo armo y dirijo el brazo de quienquiera que atente contra su vida; yo, desgraciada de mí, soy quien muevo al asesino para que avance con el hierro levantado y lo hunda en su intrépido pecho. Aunque no sea precisamente mi mano quien descargue sobre él el golpe mortal, soy, sin embargo, la causa y autora de su muerte. Mejor prefiriera encontrarme frente a frente del león fiero cuando ruge acosado por el hambre. ¡Mejor hubiera sido para mí que sobre mi cabeza se hubiesen desencadenado todas las calamidades de la Naturaleza! No; vuelve a tu hogar, Rosellón; abandona esos lugares funestos, en que el honor no recoge del peligro más que las heridas, y en que con frecuencia se pierde la vida, con la cual todo se pierde. ¡Quiero separarme de tu morada, ya que mi permanencia en estos sitios te aleja de ella! ¿Podría yo acaso quedarme aquí, impidiéndote con ello el regresar? No; aun cuando en tu castillo se respirara el delicioso aire del paraíso, y en él oficiaran los ángeles, lo abandonaría. ¡Ojalá la fama te anuncie mi fuga y consuele a tu corazón con esa nueva! ¡Oh noche, ven! ¡Y tú, día, date prisa en terminar! ¡Pobre ladrona, me aprovecharé de las tinieblas para ocultarme! *(Sale.)*

Escena III

FLORENCIA.- DELANTE DEL PALACIO DEL DUQUE.

Entran el DUQUE DE FLORENCIA, BELTRÁN, PAROLLES *y* SOLDADOS. *Suenan tambores y trompetas.*

EL DUQUE.- Eres el general de nuestra caballería, y teniendo las más altas esperanzas en el resultado que de ti promete la fortuna, te reservamos uno de los primeros puestos en nuestra estimación y confianza.
BELTRÁN.- Príncipe, esa carga es harto pesada para mis fuerzas. Sin embargo, a fin de probaros mi adhesión, procuraré desempeñarla hasta el último trance.

EL DUQUE.- ¡Partid, pues, y que la fortuna juegue sobre tu cimera próspera como una amante complaciente!
BELTRÁN.- Gran Marte, hoy me alisto bajo vuestras banderas. Levantadme tan sólo a la altura de mis pensamientos. En mí tendréis a un amante de vuestros tambores y a un enemigo del amor. *(Salen.)*

Escena IV

EL ROSELLÓN.- APOSENTO EN EL PALACIO DE LA CONDESA.

Entran la CONDESA *y el* MAYORDOMO.

LA CONDESA.- ¡Ay! ¿Por qué habéis recibido de ella este escrito? ¿No sospechabais que iba a hacer lo que ha hecho, desde el momento en que me enviaba una carta? Volvédmela a leer otra vez.
EL MAYORDOMO *(Leyendo.)- «Voy en peregrinación a Santiago. Un amor ambicioso me ha hecho criminal. Para expiar mis faltas, en cumplimiento de mi piadoso voto, quiero andar con los pies descalzos sobre la tierra dura y fría. Escribid, escribid, para que vuestro querido hijo y mi más querido dueño pueda separarse de la sangrienta carrera de los combates. Bendecid su regreso, y goce cerca de vos de las dulzuras de la paz, en tanto que yo, lejos de él, bendeciré su nombre, envuelto en las más fervorosas plegarias. Decidle que me perdone por los males que le he ocasionado. Yo soy la implacable Juno, que le ha arrojado de una corte en que de todos era amigo para exponer sus días en medio del campo enemigo, donde el peligro y la muerte ladran en los talones del honor. Es demasiado bueno y hermoso para que pueda ser víctima mía y de la muerte, que voy a buscar para dejarle a él libre.»*
LA CONDESA.- ¡Oh!... ¡Cuánta amargura se descubre a través de esas afectuosas palabras! Rinaldo, jamás habéis estado tan falto de reflexión como cuando la habéis dejado partir de ese modo. De haberla hablado yo, la habría hecho desistir de sus propósitos tan prematuramente realizados.
EL MAYORDOMO.- Perdonadme, señora; si os hubiese yo entregado esta carta antes de cerrar la noche, hubiérase podido ir en su busca; aunque, sin embargo, escribe que toda tentativa sería vana.
LA CONDESA.- ¿Qué ángel bendecirá a ese esposo indigno? No pueda prosperar, a no ser que las oraciones de Elena, a quien el cielo se complace en oír, le libren de las venganzas de la justicia suprema. Escribid, Rinaldo, escribid a ese esposo, que tan poco merecedor es de una mujer tan virtuosa. Que cada una de vuestras palabras deje traslucir un mérito que él aprecia con excesiva ligereza. Hacedle comprender mi extremo pesar, aunque poco interese esto a su corazón. Despachad el mensajero más rápido e inteligente. Quizás al saber que ella ha desaparecido, quiera volver. También espero que, tan pronto como su regreso llegue a noticia de esa desgraciada, se apresurará ella a regresar, llevada de un puro amor. Yo no puedo distinguir cuál de mis sentimientos es el más caro a mi corazón, si el que me une a mi hijo, o el que me une a ella. Despachad ese mensajero. Mi alma está agobiada de dolor, y mi edad no es ya más que debilidad. Mi tristeza sólo pide lágrimas; pero el exceso de dolor me ordena hablar. *(Salen.)*

Escena V

FUERA DE LAS MURALLAS DE FLORENCIA.

Música guerrera lejana. Entran la VIEJA VIUDA, *de Florencia;* DIANA, VIOLETA, MARIANA *y otras personas.*

LA VIUDA.- Daos prisa, venid; porque ya se acercan a la ciudad y vamos a perder el espectáculo.

DIANA.- Dícese que el conde francés nos ha prestado los mayores servicios.
LA VIUDA.- Corre la voz de que ha hecho prisionero al general en jefe y que por su propia mano ha muerto al hermano del duque... Hemos perdido el tiempo: los vencedores han tomado un camino opuesto. Escuchad; podéis conocerlo por el sonido de sus trompetas.
MARIANA.- Venid. Volvamos sobre nuestros pasos y contentémonos con la relación que se nos haga. Y vos, Diana, guardaos mucho de ese conde francés. El honor de una doncella constituye su timbre; no hay legado más rico que el de la honestidad.
LA VIUDA.- He contado a una vecina que os ha solicitado un gentilhombre de su séquito.
MARIANA.- Conozco a ese miserable. ¡Que le ahorquen! Es un tal Parolles, un innoble oficial del que se sirve el conde en sus aventuras amorosas. Desconfiad de ellos, Diana. Sus promesas, sus atractivos, sus juramentos, sus regalos y todas sus mañas lujuriosas han seducido a más de una joven, y, por desgracia, el ejemplo de tantos naufragios de virtud no puede escarmentar a las que son novicias en el mundo y sólo echan de ver el peligro cuando ya están presas en los lazos que les habían tendido. No creo que tenga necesidad de avisaros más; porque estoy persuadida de que vuestra virtud os mantendrá en la buena senda que seguís, aun cuando otro peligro no hubiera que el de perder la inocencia.
DIANA.- Nada tenéis que temer por mí.

(Entra ELENA *en traje de peregrino.)*

LA VIUDA.- Así lo espero... Mira, una peregrina. Estoy segura que viene a alojarse en mi casa. Hay entre ellos la costumbre de recomendársela unos a otros. Voy a interrogarla... ¡Dios os guarde, hermosa peregrina! ¿A qué santo habéis hecho el voto?
ELENA.- A Santiago el Mayor. Tened la amabilidad de mostrarme el lugar donde se albergan los peregrinos.
LA VIUDA.- Donde está la imagen de san Francisco, aquí, junto al puerto.
ELENA.- ¿Es ese el camino?
LA VIUDA.- Sí, ése es, a fe. ¡Oid! *(Marcha a lo lejos.)* Precisamente vienen por este lado. Si queréis aguardar, santa peregrina, a que las tropas hayan pasado, os conduciré a un sitio donde encontraréis cómodo alojamiento, pues creo conocer como a mí misma a vuestra hospedadora.
ELENA.- ¿Seréis vos, acaso?
LA VIUDA.- Para serviros, peregrina.
ELENA.- Gracias. Aguardaré aquí hasta que vos dispongáis otra cosa.
LA VIUDA.- ¿Venís tal vez de Francia?
ELENA.- Sí; de allí vengo.
LA VIUDA.- Vais a ver aquí a uno de vuestros compatriotas, que ha realizado grandes proezas.
ELENA.- Su nombre, os ruego.
LA VIUDA.- El conde del Rosellón. ¿Le conocéis?
ELENA.- De oídas tan sólo, Sé que tiene mucha nombradía, pero de vista no le conozco.
LA VIUDA.- Quienquiera que sea, pasa aquí por un bravo guerrero. Se evadió de Francia, porque, según dicen, el rey le casó contra su voluntad. ¿Creéis que haya sido así?
ELENA.- Sí, y muy cierto; es la pura verdad; conozco a su esposa.
LA VIUDA.- Hay aquí un gentilhombre de su séquito que habla muy mal de ella.
ELENA.- ¿Cómo se llama?
LA VIUDA.- Monsieur Parolles.

ELENA.- ¡Oh! En lo que le concierne, creo que al lado de los elogios de que es digno su señor, su nombre no podría citarse. Por lo que se refiere a la esposa del conde, su mérito estriba en una virtud modesta e intacta, contra la cual nada he oído decir todavía.
DIANA.- ¡Ay! ¡Pobre señora! ¡Dura esclavitud la de ser esposa de un hombre que nos detesta!
LA VIUDA.- ¡Pobrecita! En cualquier lugar que se encuentre debe de sufrir mucho. Si esta joven quisiera *(Por Diana),* en su mano estaría armarle una broma algo pesada al conde.
ELENA.- ¿Qué queréis decir? ¿Acaso el conde, enamorado de sus encantos, la requiere con intención ilegítima?
LA VIUDA.- Sí; hace todo lo posible: emplea cuantos agentes pueden corromper el tierno corazón de una virgen. Pero ella está bien preparada contra sus halagos, y se acantona en la más resistente virtud.
MARIANA.- ¡Líbrenla los dioses de tanta desgracia!
(Entra con tambores y banderas una parte del ejército florentino. BELTRÁN *y* PAROLLES.*)*
LA VIUDA.- Mirad, ya vienen. Éste es Antonio, hijo mayor del príncipe; aquél es Escalo...
ELENA.- ¿Cuál es el francés?
DIANA.- Aquél, el del soberbio penacho. Es muy buen mozo. Quisiera que amase a su esposa. Con más honradez, sería mucho más simpático.¿No es verdad que es un hidalgo apuesto?
ELENA.- Le encuentro aceptable.
DIANA.- ¡Lástima que no sea más honesto! ¿Veis allá aquel hombre? Es el bribón que le arrastra al vicio. Si yo fuese la esposa del conde, habría envenenado a ese vil corruptor.
ELENA.- ¿Cuál es?
DIANA.- Aquel fatuo engalanado con escarapelas. ¿Y por qué estará tan melancólico?
ELENA.- Habrá sido herido en el combate.
PAROLLES.- ¡Perder nuestro tambor! Bien está.
MARIANA.- Algo le pasa. Ved; ya nos ha conocido...
LA VIUDA.- ¡Pardiez! ¡Ahorcadle!
(Salen BELTRÁN, PAROLLES, OFICIALES *y* SOLDADOS.*)*
MARIANA.- ¿Por qué saludar a un alcahuete?
LA VIUDA.- Las tropas han pasado. Venid, peregrina, que os conduzca a vuestro alojamiento. Tenemos ya en casa otros cuatro o cinco penitentes que han hecho voto de ir a Santiago el Mayor.
ELENA.- Os doy humildemente las gracias. Mucho desearía que vos, señora, y vuestra amable hija, tuvierais a bien cenar esta noche conmigo. Me encargo de los gastos, agradeciendo vuestra atención; y para mejor mostraros mi reconocimiento, daré a esa joven algunos consejos que pueden serle provechosos.
LAS DOS.- Aceptamos con gusto vuestros ofrecimientos. *(Salen.)*

Escena VI

CAMPO DELANTE DE FLORENCIA.

Entran BELTRÁN *y los dos* SEÑORES *franceses.*

SEÑOR PRIMERO.- Mi buen señor, sometedle a prueba. Permitidle ir a la expedición que propone.
SEÑOR SEGUNDO.- Si Vuestra Señoría no le considera como un cobarde, no me honréis más con vuestra estimación.
SEÑOR PRIMERO.- Por mi vida, señor, que no es otra cosa que una burbuja.

BELTRÁN.- ¿Pensáis, entonces, que ando equivocado acerca de él?
SEÑOR PRIMERO.- Persuadíos de ello, señor, por mi propio criterio, sin asomo de envidia o de malicia, y con la misma verdad que si os hablara de un pariente mío. Es un notable cobarde, un mentiroso intencionado y eterno, que falta a su palabra tantas veces como horas tiene el día; un miserable que no posee ni una sola cualidad que pueda merecer la estimación y mercedes de Vuestra Señoría.
SEÑOR SEGUNDO.- Conviene que le conozcáis, pues confiado en un valor de que carece, podéis quedar burlado en lo que esperabais de él, y faltaros en lo más crítico del peligro.
BELTRÁN.- Quisiera saber algún medio para ponerlo a prueba.
SEÑOR SEGUNDO.- Ninguno mejor que dejarle recobrar su tambor, de que con tanta presunción se vanagloria.
SEÑOR PRIMERO.-Yo, con una turba de florentinos, puedo sorprenderle de improviso. Mis hombres no se distinguirán de los del adversario. Le ataremos y le vendaremos los ojos. Imaginará que le conducen al campo contrario, precisamente cuando le arrastraremos a vuestra propia tienda. Tened a bien asistir por lo menos a su interrogatorio; y si, con la esperanza de salvar su vida, llevado del sentimiento de su miedo cobarde, no se ofrece a haceros traición, revelando todo lo que contra vos sabe, y no lo promete, bajo juramento, garantizándolo con su cabeza, no tengáis, señor, más confianza en mí.
SEÑOR SEGUNDO.-¡Oh! Siquiera para proporcionarnos el placer de reír, permitidme que vaya a caza de su tambor. Se figura haber ideado una estratagema para recobrarlo. Cuando os hagamos ver su cobardía, y hayáis podido leer en el fondo de su corazón, viendo el despreciable metal a que se reduce ese lingote de oro falso, si no le aplicáis entonces el tratamiento de Juan Drum, imposible será en lo sucesivo desprenderos de vuestra prevención en favor suyo. He aquí viene. (*Entra* PAROLLES.*)*
SEÑOR PRIMERO.- Para proporcionarnos el placer de reír un poco, no le impidáis realizar sus designios. Dejadle buscar su tambor por todos los medios que se le antoje.
BELTRÁN.- (*A Parolles.)* ¡Hola, caballero! ¿Echáis muy de menos ese tambor?
SEÑOR SEGUNDO.- ¡La peste sea de él! En último resultado, sólo es un tambor.
PAROLLES.- ¡ «Sólo» un tambor! ¿Es «sólo» un tambor? ¿Y la manera en que se ha perdido? Excelente táctica; ¡caer sobre las alas de nuestro ejército por en medio de nuestra propia caballería y penetrar en nuestros propios batallones!
SEÑOR SEGUNDO.- ¡No se puede censurar al general! Ésta es una de esas desgracias de la guerra, que ni César hubiera podido prevenir si hubiera tomado la dirección de la batalla.
BELTRÁN.- No hay por qué quejarnos grandemente del resultado de nuestras armas. Es verdad que nos cabe alguna deshonra por haber perdido ese tambor; pero, en fin, no hay medio de recobrarle.
PAROLLES.- Pudo haber sido recobrado.
BELTRÁN.- ¡Pudo! Pero ya no es posible.
PAROLLES.- Puede recobrarse. Si no fuese tan raro atribuir el premio de los servicios al que lo merece, tendría ya a estas horas ese tambor u otro, o el *hic jacet.*
BELTRÁN.- ¡Cómo! Si es cierto que tenéis ese designio, si creéis poseer una buena estratagema que pueda devolvernos ese instrumento de honor, sed bastante guerrero para acometer la empresa. Recompensaré vuestras tentativas como una gloriosa hazaña. Si salís airoso, llegará a oídos del duque y pagará vuestro servicio en todo lo que valga, proporcionalmente a su magnitud.
PAROLLES.- Lo emprenderé. ¡Por la mano de un soldado!
BELTRÁN.- Pero no conviene que os durmáis en el negocio.

PAROLLES.- Voy a trazarme mis planes desde esta misma noche; quiero animarme con el presentimiento infalible de mi fortuna, y hacer los preparativos homicidas para vencer o morir. A medianoche estad atentos, oiréis hablar de mí.
BELTRÁN.- ¿Puedo resueltamente anunciar a Su Alteza que habéis salido para dar un golpe de mano?
PAROLLES.- Ignoro todavía cuál será el resultado, señor; pero por lo que toca a emprenderlo, os lo juro.
BELTRÁN.- Sé que eres valiente, y respondería de la posibilidad de tu valor guerrero. Adiós.
PAROLLES.- No me gustan palabras, sino obras. *(Sale.)*
SEÑOR PRIMERO.- No te gustan, de la propia manera que el pez no gusta de vivir en el agua. ¿No es verdad, señor, que es un hombre singular, pues parece emprender con buena confianza una cosa que conoce, sin embargo, que no podrá tener buen éxito? Se condena a fuerza de jurar que hará una cosa y mejor preferiría verse condenado que hacerla.
SEÑOR SEGUNDO.- No le conocéis como nosotros, señor. Es cierto que tiene la habilidad de insinuarse en el favor de un jefe y que toda una semana sabrá evitar las ocasiones en que pueda salir comprometida su reputación; pero una vez que le hayáis conocido, tendréis ya bastante.
BELTRÁN.- ¡Como! ¿Pensáis que no hará lo que se ha comprometido a intentar tan seriamente?
SEÑOR SEGUNDO.- Por nada del mundo lo hará. Y luego, al volver, os contará una fábula de las suyas, zurcida con dos o tres embustes un poco verosímiles. Pero sobrado hemos fatigado al ciervo; ya le veréis caer esta noche. En verdad, no es digno de las bondades de Vuestra Señoría.
SEÑOR PRIMERO.- Os vamos a divertir con ese zorro antes que le arranquemos la piel de las orejas. Bien le ha conocido el anciano señor Lafeu. En habiéndole desenmascarado, advertiréis cuán bribón es el tal Parolles; y no pasará, esta noche sin que os convenzáis de ello.
SEÑOR SEGUNDO.- Voy a tenderle mis trampas, y a buen seguro que caerá.
BELTRÁN.- Vuestro hermano vendrá conmigo.
SEÑOR SEGUNDO.- A la orden de Vuestra Señoría; me despido de vos. *(Sale.)*
BELTRÁN.- Quiero ahora llevaros a la casa para que veáis la muchacha de quien os he hablado.
SEÑOR PRIMERO.- Pero me habéis dicho que era virtuosa.
BELTRÁN.- He ahí todo su defecto; una sola vez la he hablado, viéndola extraordinariamente fría. Por conducto de ese pisaverde, cuyas huellas seguimos, le he mandado regalos y cartas, que ella ha rehusado siempre. Es todo lo que he hecho. Es una criatura celestial. ¿Queréis venir a verla?
SEÑOR PRIMERO.- Con todo mi corazón, señor. *(Salen.)*

Escena VII

FLORENCIA.- APOSENTO EN LA CASA DE LA VIUDA.

Entran ELENA *y la* VIUDA.

ELENA.- Si alguna duda os cabe de que soy ella, no sé a qué otro recurso apelar, a menos que renuncie al proyecto sobre que trabajo.
LA VIUDA.- Aunque haya perdido mi hacienda, no soy por eso menos bien nacida. Yo nada entiendo de esas intrigas y de ninguna manera quisiera empañar mi honra con una acción vergonzosa.

ELENA.- Ni yo tampoco. Creed que el conde es mi esposo y que es cierto hasta en sus menores detalles cuanto os he confiado en secreto. Por eso no cometéis error alguno prestándome la cooperación que os pido.
LA VIUDA.- Estoy obligada a creeros, porque me habéis dado pruebas convincentes de que gozáis de gran fortuna.
ELENA.- Aceptad esa bolsa de oro y permitidme que a tal precio compre la mediación de vuestra amistad, que iré recompensando más aun si con ese medio puedo llegar a un feliz desenlace. El conde galantea a vuestra hija, tiende sus lazos para atraérsela y se propone no desistir hasta que la haya conquistado. Pues bien; es necesario que por ahora consienta ella en decidirse a hacer cuanto le digamos. El voluptuoso joven, en el hervor de su sangre, nada podría negar a vuestra hija de lo que le pida. Ya sabéis que el conde lleva una sortija que ha pasado, sucesivamente, de padre a hijo desde cuatro o cinco generaciones. Esa sortija tiene gran precio a sus ojos; pero en el delirio de su pasión, a trueque de alcanzar el objeto de sus deseos, no le parecerá tan grande el sacrificio, aunque luego tenga que arrepentirse.
LA VIUDA.- Ahora veo el objeto de vuestras intenciones.
ELENA.- Convendréis, pues, en que me guía un fin honesto y legítimo. Sobre todo, deseo que vuestra hija le pida esa sortija antes de hacer como que se rinde a sus instancias; que le dé una cita, y, por fin, que me deje a mí en vez de ella emplear el tiempo en esa cita durante su inocente y casta ausencia. Después, en premio de su favor, la dotaré, añadiendo mil escudos de oro a lo que ya os tengo entregado.
LA VIUDA.- Consiento. Enseñad ahora a mi hija cómo debe portarse, a fin de que la cita, la hora y el lugar se concierten para esa inocente estratagema. Cada noche viene el conde con músicos de toda especie, entonando canciones que compone para ella, muy superiores a las que se merece. Por más que hemos hecho, a fin de alejarle de nuestras ventanas, se obstina en permanecer, como si en ello le fuera la vida.
ELENA.- Pues entonces esta noche daremos principio a nuestro complot. Si sale bien, de un hecho reprensible habremos conseguido una acción honesta, y de ésta, un acto legítimo. Nadie habrá pecado, aunque el pecado se haya cometido. Ahora ocupémonos del asunto. *(Salen.)*

Acto cuarto

Escena primera

DENTRO DEL CAMPO FLORENTINO.

Entra el PRIMER SEÑOR *francés, con cinco o seis* SOLDADOS, *que se ponen en emboscada.*

SEÑOR PRIMERO.- No puede venir por otro sendero sino por la extremidad de este cercado. Cuando saltéis sobre él, hablad aquel terrible lenguaje que se os antoje. No importa que ni vosotros mismos lo entendáis, pues debemos fingir que no comprendemos tampoco el suyo, a no ser que designemos a uno de nosotros como intérprete.
SOLDADO PRIMERO.- Buen capitán, permitidme que sirva yo de intérprete.
SEÑOR PRIMERO.- ¿No tienes ninguna relación con él? ¿No conoce tu voz?
SOLDADO PRIMERO.- No, señor; os lo garantizo.
SEÑOR PRIMERO.- Pero ¿qué jerigonza emplearás con nosotros al respondernos?
SOLDADO PRIMERO.- La misma en que me habléis.

SEÑOR PRIMERO.- Es preciso que nos tome por alguna banda extranjera a sueldo del enemigo. Sin embargo, él tiene nociones de todos los idiomas vecinos; por consiguiente, cada uno de nosotros habrá de hablar una lengua de su invención, a riesgo de no hacerse entender. Lo principal es el objeto que nos guía. Bastará el graznido del cuervo o cualquier grito salvaje. En cuanto a vos, intérprete, conviene que adoptéis el aspecto de un verdadero político. Pero ¡agazapaos, eh, que viene! Va a perder un par de horas de sueño, pues volverá en sí y jurará que los fantasmas son realidades.

(Entra PAROLLES*.)*

PAROLLES.- Las diez. Dentro de tres horas será tiempo de volver a la tienda. ¿Qué voy a decir que he hecho? Es necesario hallar una invención plausible que venga a pelo. Principian a sospechar algo, y de poco tiempo a esta parte las desgracias llaman a menudo a mi puerta. Mis labios son de una temeridad loca; pero mi corazón tiene siempre miedo de la presencia de Marte y sus paladines, y no osa sostener los relatos de mi lengua.

SEÑOR PRIMERO *(Aparte.)*- Es la primera verdad de que tu lengua se ha hecho culpable.

PAROLLES.- ¿Por qué el diablo me ha incitado a que entre en posesión de ese tambor, sabiendo que es imposible y que no tengo intención de ello? Menester es que yo mismo me cause algunas heridas para decir que las he recibido en la refriega. Pero si son leves no probarán nada. Me dirán: «¿Volvéis por tan poco?» Ahora, yo retrocedo ante las heridas graves. Así, pues, ¿qué pruebas voy a alegar? Lengua, habré de introducirte en la boca de una vendedora de manteca y comprar otra a uno de los mudos de Bayacetos, si tu charladuría vuelve a ponerme en semejantes peligros.

SEÑOR PRIMERO *(Aparte.)*- ¿Es posible que se conozca tan bien y no se corrija?

PAROLLES.- Desearía que me bastase desgarrar mis vestidos para volver, o hacer pedazos mi espada española.

SEÑOR PRIMERO.- No podemos hacer eso por vos.

PAROLLES.- O cortarme la barba, y afirmar que era una estratagema.

SEÑOR PRIMERO.- Será inútil.

PAROLLES.- O arrojar al agua mis vestidos y decir que me han desnudado.

SEÑOR PRIMERO *(Aparte.)*- Sería una excusa necia.

PAROLLES.- Aunque jurase que había saltado por la ventana de la ciudadela...

SEÑOR PRIMERO *(Aparte.)*- ¿A qué altura?

PAROLLES.- A treinta toesas.

SEÑOR PRIMERO *(Aparte.)*- Treinta juramentos sagrados no bastarían para creerle.

PAROLLES.- Si pudiera adquirir cualquier tambor del enemigo, juraría haberlo tomado.

SEÑOR PRIMERO *(Aparte.)*- Vas a oír uno al instante. *(Alarma dentro.)*

PAROLLES.- ¡Un tambor enemigo!

SEÑOR PRIMERO.- *Throca movousus, cargo, cargo, cargo.*

TODOS.- *Cargo, cargo, villianda, par corbo, cargo. (Apodéranse de él y le vendan los ojos.)*

PAROLLES.- ¡Oh; rescate, rescate! No me vendéis los ojos.

SOLDADO PRIMERO.- *Boskos thromuldo boskos.*

PAROLLES.- Veo que sois del regimiento de Musko, y voy a morir por no saber vuestro idioma. Si hay aquí un alemán, un danés, un holandés, un italiano o un francés, que me hable. Le haré revelaciones que perderán a los florentinos.

SOLDADO PRIMERO.- *Boskos vauvado.* Te atiendo y puedo hablar tu lengua. *Kerelybonto.* Señor, medita en tu religión; diecisiete puñales amenazan tu pecho.

PAROLLES.- ¡Oh!

SOLDADO PRIMERO.- ¡Oh! Reza, reza, reza. *Manka ravania dulche.*
SEÑOR PRIMERO.- *Oscorbidulchos volivorco.*
SOLDADO PRIMERO.- El general consiente en perdonarte por ahora; y, con los ojos vendados como estás, te conducirá a fin de interrogarte. Si por fortuna puedes hacernos revelaciones de importancia, tienes probabilidades de salvar la vida.
PAROLLES.- ¡Oh! Dejadme vivir, y os descubriré todos los secretos del campamento, a cuánto montan sus fuerzas, qué proyectos acarician. Os diré cosas que han de asombraros.
SOLDADO PRIMERO.- ¿Pero sinceramente?
PAROLLES.- Condenadme, si no.
SOLDADO PRIMERO.- *Acordo linta.* Vamos, Se te concede una tregua. *(Sale, con* PAROLLES *escoltado.) (Ligera alarma dentro.)*
SEÑOR PRIMERO.- Id y anunciad al conde del Rosellón y a mi hermano que hemos cogido a esa chocha y que le tendremos con los ojos vendados hasta saber sus órdenes.
SOLDADO SEGUNDO.- Voy, mi capitán.
SEÑOR PRIMERO.- Nos traicionará a todos, delante de nosotros mismos. Informadles de esto.
SOLDADO SEGUNDO.- Está bien, señor.
SEÑOR PRIMERO.- Hasta entonces, le tendré en tinieblas y a buen recaudo. *(Salen.)*

Escena II

FLORENCIA.- APOSENTO EN CASA DE LA VIUDA.

Entran BELTRÁN *y* DIANA.

BELTRÁN.- Me han dicho que os llamáis Fontibel.
DIANA.- No, mi querido señor, Diana.
BELTRÁN.- ¡Nombre de diosa! ¡Y todavía merecéis más! Pero, ángel encantador, ¿no reina el amor en vuestra linda figura? Si la viva llama de la juventud no resplandece en vuestro corazón, no sois una virgen, sino una estatua. Cuando hayáis muerto, seréis precisamente lo que ahora, que sois fría e insensible. Y en estos momentos debierais ser como vuestra madre cuando os engendró.
DIANA.- Ella fue entonces honrada.
BELTRÁN.- Vos lo seríais como ella.
DIANA.- No. Mi madre no hizo sino cumplir con su deber. El mismo, señor, que vos tenéis con vuestra esposa.
BELTRÁN.- No hablemos más de esto. Te lo ruego, cede a mis votos. Me unieron con ella a despecho mío. Pero a ti te amo, te amo con la ternura de un amor espontáneo, y te rindo por siempre el homenaje de mis servicios.
DIANA.- Sí, nos servís en tanto os servimos. Mas en habiendo conseguido nuestras rosas, nos dejáis simplemente sus espinas para desgarrarnos y os burláis de nuestra debilidad.
BELTRÁN.- ¡Cuántos juramentos te he hecho!
DIANA.- La acumulación de juramentos no es prueba de sinceridad. Uno solo basta cuando es sencillo y verdadero. Todo juramento que no se hace ante el Señor, no es sagrado. Si yo jurara por los supremos atributos de Júpiter que os amo tiernamente, ¿creeríais a pesar de eso en mis juramentos, dado caso que cometiese un crimen amándoos? Un juramento no posee valor alguno cuando se labora contra él en nombre del cual se ha formulado el juramento. Vuestros juramentos no son, pues, sino vocablos sin importancia, a los que mi opinión no puede añadir ningún crédito.
BELTRÁN.- ¡Desdícete, desdícete! No seas tan sanamente cruel. El amor es cosa sagrada, y mi honradez jamás ha conocido las perfidias de que acusáis a los demás hombres. No

resistas más tiempo, cede a los deseos de mi corazón desfallecido y haz cesar mi dolor. ¡Di que eres mía, y mi amor no cambiará nunca!
DIANA.- Veo que los hombres, en ciertos asuntos, esperan que nos engañemos a nosotras mismas. Dadme esa sortija.
BELTRÁN.- Puedo prestártela, amada mía; pero no tengo derecho a entregártela.
DIANA.- ¿Conque me la negáis, señor?
BELTRÁN.- Es una prenda de honor que pertenece a mi casa, y que por legado sucesivo se me ha transmitido de mis abuelos. Perderla, seria el mayor oprobio que podría acontecerme.
DIANA.- Mi honra es como vuestra sortija. Mi castidad es la joya de nuestra casa, joya que, yo también, conservo de mis antepasados, y perdiéndola me expongo, asimismo, a las más duras recriminaciones ante el mundo. Así, vuestra prudencia sirve de campeón a mi honra para defenderme contra vuestros vanos ataques.
BELTRÁN.- ¡He aquí; toma mi sortija! ¡Mi casa, mi honor, mi vida te pertenecen, y soy tu esclavo!
DIANA.- A medianoche llamad a la ventana de mi aposento. Yo me arreglaré de manera que mi madre no me oiga. Pero, en nombre de la lealtad, cuando hayáis conquistado mi lecho todavía virgen, no permanezcáis sino una hora y no me habléis palabra alguna. Tengo para ello motivos poderosos y que os haré conocer cuando os devuelva esta sortija. Durante la noche colocaré otra en vuestro dedo que, en lo por venir, será como un testimonio de nuestra unión pasada. Adiós, hasta entonces; no faltéis, por tanto. Acabáis de conquistar en mí una esposa, aunque no tenga la esperanza de serlo.
BELTRÁN.- Yo he conquistado en ti un paraíso sobre la tierra. *(Sale.)*
DIANA.- ¡Que viváis lo suficiente para dar las gracias al cielo y a mí! Podríais acabar de este modo. Mi madre me había instruido sobre la manera con que este hombre me galantearía, como si lo hubiese leído en su corazón. Afirma que todos los hombres hacen los mismos juramentos. Ha prometido tomarme por esposa cuando muera su mujer. Reposaré, pues, con él cuando esté ya enterrada. Puesto que los franceses son tan falsos, cásese con ellos quien quiera; yo viviré y moriré virgen. No considero, no obstante, la estratagema como un pecado, pues es justicia engañar a un seductor.*(Sale.)*

Escena III

EL CAMPAMENTO FLORENTINO

Entran los dos SEÑORES *franceses y dos o tres* SOLDADOS.

SEÑOR PRIMERO.- ¿No le habéis entregado la carta de su madre?
SEÑOR SEGUNDO.- La puse en sus manos hace una hora. En su contenido hay algo que parece irritarle, pues a su lectura semejaba casi otro hombre.
SEÑOR PRIMERO.- Merece infinitos reproches por haber repudiado a tan buena esposa y tan amable dama.
SEÑOR SEGUNDO.- Ha incurrido, sobre todo, en la eterna desgracia del rey, cuya voluntad hallábase dispuesta a labrar su dicha. Voy a deciros una cosa; pero me prometeréis guardarla sigilosamente.
SEÑOR PRIMERO.- Cuando la hayáis dicho, habrá muerto, y yo seré su tumba.
SEÑOR SEGUNDO.- Ha seducido a una joven, aquí, en Florencia, de la reputación más pura; y esta noche su deseo se saciará de su deshonra. Ha llegado incluso a entregarle su anillo de familia y se regocija de un contrato tan escandaloso.
SEÑOR PRIMERO.- ¡Pues Dios nos libre de la rebelión de nuestra propia carne! ¡Siendo lo que somos, cómo somos!

SEÑOR SEGUNDO.- Simplemente unos traidores para con nosotros mismos. Y como las traiciones ellas propias se rebelan a medida que avanzan hacia sus reprobables fines, así él, al cometer una acción deshonrosa, se desborda en su corriente natural.
SEÑOR PRIMERO.- ¿No es sumamente reprobable en nosotros que hayamos de ser los trompeteros de nuestros proyectos ilegítimos? Entonces, ¿nos privará esta noche de su compañía?
SEÑOR SEGUNDO.- No, sino después de medianoche. Es la hora de la cita.
SEÑOR PRIMERO.- Va acercándose ya. Hubiera querido que presenciase anatomizar a su compinche, para que apreciara la justa medida de su juicio, ya que tan cuidadosamente se fía de semejante falsificación.
SEÑOR SEGUNDO.- No nos ocuparemos de Parolles antes del retorno del conde, pues su presencia debe constituir el castigo del otro.
SEÑOR PRIMERO.- En tanto, ¿qué se dice de estas guerras?
SEÑOR SEGUNDO.- Se habla de proposiciones de paz.
SEÑOR PRIMERO.- Puedo aseguraros que la paz está ya firmada.
SEÑOR SEGUNDO.- ¿Qué va a hacer entonces el conde del Rosellón? ¿Viajará más lejos o regresará a Francia?
SEÑOR PRIMERO.- He ahí una cuestión que me hace suponer que no estáis en el secreto de sus confidencias.
SEÑOR SEGUNDO.- ¡Dios me libre, señor! Me convertiría en su cómplice.
SEÑOR PRIMERO.- Su mujer, señor, fugose hace dos meses de su casa, bajo pretexto de ir en peregrinación a Santiago de Compostela, peregrinación que ha cumplido santamente con la más austera santimonia. Durante su residencia, su sensibilidad ha ido siendo presa de su pesar; un fin, un suspiro ha sido su postrer aliento y ahora canta en las mansiones celestiales.
SEÑOR SEGUNDO.- ¿Cómo se prueba la verdad de esa noticia?
SEÑOR PRIMERO.- Principalmente por sus propias cartas, que cuentan su verdadera historia hasta el momento de su muerte, fallecimiento que no podía anunciar ella misma y que está fielmente confirmado por el rector del lugar.
SEÑOR SEGUNDO.- ¿Se halla el conde al corriente de la nueva?
SEÑOR PRIMERO.- Sí, y en todos sus detalles, sin que se le haya escapado nada de la verdad.
SEÑOR SEGUNDO.- Estoy sinceramente desolado de que el conde se regocije de ello.
SEÑOR PRIMERO.- ¡Sucede a menudo regocijarnos de nuestras desgracias!
SEÑOR SEGUNDO.- Y también a veces ahogar nuestras dichas en llanto. La fama que la ha granjeado su valentía, va a ser acogida en su patria con una general reprobación.
SEÑOR PRIMERO.- La trama de nuestra vida se compone de bien y de mal. Nuestras virtudes se mostrarían orgullosas si no viniesen nuestros defectos a fustigarlas; y nuestros crímenes nos llevarían a la exasperación, si no fueran compensados por nuestras virtudes.

(Entra un CRIADO*.)*

- ¡Qué hay! ¿Dónde está vuestro amo?
EL CRIADO.- Ha encontrado al duque en la calle, señor, de quien se ha despedido solemnemente. Su señoría parte mañana para Francia. El duque le ha ofrecido cartas de recomendación para el rey.
SEÑOR SEGUNDO.- La recomendación ha de servirle a punto fijo, por exagerada que sea.
SEÑOR PRIMERO.- Nunca será demasiado tarde para calmar la agrura del rey. He aquí ya a su señoría.

(Entra BELTRÁN.*)*

¡Hola, señor! ¿No es más de medianoche?

BELTRÁN.- Esta noche he despachado dieciséis asuntos, cada uno de los cuales habría exigido un mes de actividad. He saludado al duque, me he despedido de sus allegados, he enterrado a mi mujer, he vestido luto, he escrito a mi madre participándole mi regreso, dispuesto mi equipaje, y en el transcurso de todas esas atenciones, expedido ciertas cosas de mayor agrado. La última fue la más importante, razón por la cual no se halla aún concluida.

SEÑOR SEGUNDO.- Si ofrece alguna dificultad y partís mañana, vuestra señoría no tiene tiempo que perder.

BELTRÁN.- Al decir que no se halla aún concluida, quiero decir que podría dar lugar a prosecuciones. A propósito, ¿veremos esa entrevista entre el bufón y nuestros soldados? Vamos, presentadme a ese falsificador. Me ha engañado como un profeta de doble sentido.

SEÑOR SEGUNDO.- Id a buscarle. *(Salen soldados.)* Ha pasado la noche en el cepo el estúpido fanfarrón miserable.

BELTRÁN.- ¡Qué importa! Bien lo han merecido sus talones, por haber usado tanto tiempo sus espuelas. ¿Cómo se halla?

SEÑOR PRIMERO.- Ya he dicho a vuestra señoría que se encuentra en el cepo. Mas, para contestaros en el sentido de vuestra pregunta, os diré que está llorando como una joven campesina a quien se la hubiera vertido la leche que terminaba de ordeñar. Se ha confesado con Morgan -a quien supone fraile-, relatándole sus pecados, desde lo más remoto a que puede alcanzar su memoria, hasta lo que acababa de cometer cuando le hemos puesto en el cepo. Y ¿qué creéis que ha confesado?

BELTRÁN.- Nada que me concierna supongo. ¿Ha dicho algo?

SEÑOR SEGUNDO.- Se ha escrito su confesión, y se le leerá en su presencia. Si le interesa a vuestra señoría, como creo, preciso es que os revistáis de paciencia para escucharla.

(Vuelven a entrar los SOLDADOS *con* PAROLLES.*)*

BELTRÁN.- ¡La peste sea de él! Lleva los ojos vendados. Nada puede decir. Chist, chist.

SEÑOR PRIMERO.- ¡Acércate, gallina ciega! *Porto tartarossa.*

SOLDADO PRIMERO.- Pide el tormento. ¿Qué revelaciones queréis hacer para que no se os aplique?

PAROLLES.- Confesaré cuanto sepa, sin violencias. Si me reducís a masa, nada podré decir.

SOLDADO PRIMERO.- *Bosko chimurcho.*

SEÑOR PRIMERO.- *Boblibindo chicurmurco.*

SOLDADO PRIMERO.- Sois un general piadoso.-Nuestro general os ordena que respondáis a las preguntas que voy a haceros, según este escrito.

PAROLLES.- Y con suma verdad, como espero vivir.

SOLDADO PRIMERO.- *En primer lugar ha de preguntársele de cuántos caballos disponen. las fuerzas del duque.* ¿Qué respondéis a esto?

PAROLLES.- De cinco o seis mil, pero flacos e inservibles. Las tropas se hallan indisciplinadas y los jefes son unos pobres diablos, por mi reputación y mi crédito y tan verdad como espero vivir.

SOLDADO PRIMERO.- ¿Escribiré vuestra contestación en estos términos?

PAROLLES.- Escribidla. Puedo confirmarla mediante juramento, de la manera que queráis.

BELTRÁN.- Todo es uno y lo mismo para él. ¡Qué bellaco bribón está hecho!

SEÑOR PRIMERO.- Os engañáis, señor. Os encontráis ante monsieur Parolles, el valiente soldado -era su frase favorita-, que encerraba toda la teoría de la guerra en el nudo de su escarapela y toda su práctica en la contera de su puñal.
SEÑOR SEGUNDO.- Desde ahora no me fiaré de ningún hombre por tener luciente su espada, ni me imaginaré que posee las mayores cualidades porque es brillante su uniforme.
SOLDADO PRIMERO.- Bien, ya está asentado.
PAROLLES.- Cinco o seis mil caballos, como he dicho... Quiero ser exacto... Poco más o menos... Escribidlo, porque quiero consignar la verdad.
SEÑOR PRIMERO.- Realmente se acerca mucho.
BELTRÁN.- Pero no he de agradecérselo, con las reflexiones que ha añadido.
PAROLLES.- Son unos pobres diablos; escribid eso, por favor.
SOLDADO PRIMERO.- Bien, ya está apuntado.
PAROLLES.- Os lo agradezco humildemente, señor. La verdad es la verdad. Son unos pobres diablos que dan lástima.
SOLDADO PRIMERO.- *Se le interrogará sobre las fuerzas de infantería de que disponen*. ¿Qué respondéis, a esto?
PAROLLES.- Por mi fe, señor, diré la verdad como si no tuviera sino una hora que vivir. Dejadme que piense. Spurio, ciento cincuenta; Sebastián, otros tantos; Corambus, otros tantos también; Jaqués, otros tantos; Guiltian, Cosmo, Ludovico, y Gratii, doscientos cincuenta cada uno. Mi propia compañía, Chitopher, Vaumond, Bentii, doscientos cincuenta cada uno; de suerte que toda la tropa, así válidos como inválidos y podridos, no monta a más de quince mil hombres, por vida mía la mitad de los cuales no se atreverá a sacudir la nieve de sus casacas por temor de que se caigan en pedazos.
BELTRÁN.- ¿Qué haremos de él?
SEÑOR PRIMERO.- Nada, sino agradecérselo. Interrogadle sobre mi estado y sobre el crédito de que gozo con el duque.
SOLDADO PRIMERO.- Bien; ya está escrito. *Le preguntaréis, asimismo, si hay en el campamento francés un capitán Dumain; cuál es su reputación cerca del duque, su valor, su probidad, su experiencia en la guerra, y si cree que será posible, merced a ciertas sumas de buen oro, corromperle e inducirle a una rebelión.*
PAROLLES.- Os suplico que me permitáis responder a cada particular del interrogatorio. Formulad las preguntas por separado.
SOLDADO PRIMERO.- ¿Conocéis al capitán Dumain?
PAROLLES.- Le conozco. Ha estado en París de aprendiz de un zapatero remendón, de donde fue arrojado por haber tenido un niño con la pupila de un chérif: inocente muda, que no podía decir que no.

(Dumain, encolerizado, intenta pegarle.)

BELTRÁN.- No, por vuestro olvido, detened la mano. Por más que abrigo la certidumbre de que su cerebro está amenazado de una teja cercana.
SOLDADO PRIMERO.- Está bien; ¿y ese capitán se halla en el campamento del duque de Florencia?
PAROLLES.- Se halla, según mis noticias, y es un piojoso.
SEÑOR PRIMERO.- No me miréis de ese modo. En seguida vendrá la vez a vuestra señoría.
SOLDADO PRIMERO.- ¿Qué criterio goza ante el duque?
PAROLLES.- El duque le tiene por uno de sus peores oficiales, y me escribió el otro día para que le echase del regimiento. Creo tener la carta en mi bolsillo.

SOLDADO PRIMERO.- A fe que la buscaremos.
PAROLLES.- En conciencia, no estoy seguro; o se halla en mi bolsillo, o metida en un legajo con otras cartas del duque, en mi tienda.
SOLDADO PRIMERO.- Hela aquí. Aquí hay un papel. ¿Queréis que lo lea?
PAROLLES.- Ignoro si es o no la carta.
BELTRÁN.- Nuestro intérprete desempeña admirablemente su cometido.
SEÑOR PRIMERO.- A las mil maravillas.
SOLDADO PRIMERO.- *Diana, el conde es un idiota cargado de oro...*
PAROLLES.- Ésa no es la carta del duque, señor, es una advertencia hecha a una honrada joven florentina, Diana de nombre, con objeto de precaverla de las seducciones de cierto conde del Rosellón, un mancebo necio y frívolo, pero muy libidinoso. Os ruego, señor, que volváis a colocar eso en mi bolsillo.
SOLDADO PRIMERO.- No; lo leeré primero, con vuestro permiso.
PAROLLES.- Mis intenciones protesto que han sido las más honorables en favor de la doncella; porque conozco al conde y le tengo por un seductor de peligrosa lascivia y un monstruo hambriento de vírgenes que devora todo pescado que encuentra.
BELTRÁN.- ¡Miserable, dos veces malvado!
SOLDADO PRIMERO *(Leyendo.)- Cuando prodigue sus juramentos, hacedle verter oro y tomadlo.*
En contrayendo una deuda, jamás la paga.
Negocio medio pagado, es un negocio bien hecho. Si lo terminas, termínalo bien.
Nunca satisface sus atrasos; haceos pagar por adelantado, y di que es un soldado, Diana, quien te lo ha dicho.
Los hombres son unos entremetidos y los muchachos no están hechos para besar.
Porque, en fin de cuentas, el conde es un majadero, *y sé que os pagaría anticipadamente, pero no en habiéndoos conquistado.*
Tuyo, como él te habrá jurado al oído.- Parolles.
BELTRÁN.- Será apaleado delante de las tropas con este escrito en la frente.
SEÑOR SEGUNDO.- Es vuestro apasionado amigo, señor; el famoso políglota, el invencible soldado.
BELTRÁN.- Antes no odiaba yo más que a los gatos. Ahora es uno para mí.
SOLDADO PRIMERO.- Sospecho, señor, por la manera con que os mira el general, que tiene el propósito de ahorcaros.
PAROLLES.- ¡La vida a toda costa, señor! No porque me espante la idea de la muerte, sino porque son tantas las ofensas que he cometido, que quisiera arrepentirme todo el resto de mis días. Dejadme vivir, señor, en una cárcel, bajo el peso de los grilletes, en cualquier sitio, con tal que viva.
SOLDADO PRIMERO.- Veremos lo que hay que hacer, si vuestras revelaciones son ciertas. Por consiguiente, volvamos de nuevo al capitán Dumain. Habéis contestado a las preguntas concernientes a su reputación ante el duque y a su valor. ¿Qué decís de su honradez?
PAROLLES. - Señor, sería capaz de robar un huevo en un claustro. En cuestión de raptos y violaciones, rivalizaría con Nessus. Ha hecho profesión el faltar a sus juramentos y para quebrantarlos posee más fuerzas que Hércules. Os mentirá, señor, con frialdad tan sorprendente, que la verdad os parecerá una loca. La embriaguez es la mejor de sus virtudes; bebe como un cerdo; y mientras duerme no comete ninguna mala acción, salvo en las sábanas de su lecho y cuanto le rodea. Pero se le conocen sus hábitos y se le tiende

sobre la paja. En cuanto a su honradez, me bastará con decir lo siguiente, señor: tiene todo lo que no debe tener un hombre honrado, y carece de todo aquello que éste debe poseer.
SEÑOR PRIMERO.- Principio a estimarle por esto.
BELTRÁN.- ¿Por semejante definición de vuestra honestidad? ¡La peste sea de él! ¡Cada vez me parece más un gato!
SOLDADO PRIMERO.- ¿Qué pensáis de su experiencia militar?
PAROLLES. - Por mi fe, señor, ha tocado el tambor en una compañía de trágicos ingleses -no quiero calumniarle-, y nada más conozco de sus cualidades de estratego; a no ser que en aquel país ha tenido el honor de ser oficial en un sitio llamado Mile-End, para enseñar a hacer dobles las filas. Quisiera honrar al hombre cuanto me fuera posible; mas de esto no estoy seguro.
SEÑOR PRIMERO.- Su desvergüenza es tan exagerada, que acabará por resultarnos original.
BELTRÁN.- ¡La peste sea de él! Todavía le tengo por un gato.
SOLDADO PRIMERO.- Siendo sus cualidades tan inferiores, no tengo necesidad de preguntaros si el oro podría incitarle a la rebelión.
PAROLLES.- Señor, por un *cardecu* vendería la mitad de su salvación y su derecho a ella. Despojaría hasta a sus últimos descendientes, maldiciendo a su estirpe por toda la eternidad.
SOLDADO PRIMERO.- Y el otro capitán Dumain, su hermano, ¿qué clase de sujeto es?
SEÑOR SEGUNDO.- ¿Por qué le interrogáis acerca de mí?
SOLDADO PRIMERO. - Responded. ¿Qué méritos son los suyos?
PAROLLES.- Es un cuervo de la misma nidada, inferior en el bien y muy superior en el mal. Sobrepuja a su hermano en cobardía, bien que este hermano pasa por ser el prototipo de ella. En las retiradas corre más que un galgo; pero si se le ataca, a fe que propende a los calambres.
SOLDADO PRIMERO.- ¿Si se os perdonara la vida, consentirías en traicionar a los florentinos?
PAROLLES.- Sí, y al capitán de su caballería, el conde del Rosellón.
SOLDADO PRIMERO.- Se lo comunicaré en voz baja al general para saber lo que decide.
PAROLLES *(Aparte.)*.- ¡No quiero oír hablar de tambores! ¡Mala peste con los tambores! Únicamente para simular que era bravo y engañar así la suposición de joven libidinoso, el conde me arrojó a este peligro. Pero ¿quién habría sospechado que había una emboscada donde me han apresado?
SOLDADO PRIMERO.- No hay remedio, señor, tenéis que morir. El general dice que después de que tan traidoramente habéis revelado los secretos de vuestro ejército y hecho tan pestilentes retratos de hombres que gozan de la más grande reputación, no podéis servir en el mundo para nada honrado, y, en su consecuencia, debéis morir. ¡Vamos, verdugo, fuera con su cabeza!
PAROLLES.- ¡Oh, señor, señor! ¡Dejadme vivir, o permitidme ver mi muerte!
SOLDADO PRIMERO.- La veréis. Despedíos de todos vuestros amigos. *(Quitándole la venda de los ojos.)* Ea, mirad alrededor. ¿Conocéis a alguien aquí?
BELTRÁN.- ¡Buenos días, noble capitán!
SEÑOR SEGUNDO.- ¡Dios os bendiga, capitán Parolles!
SEÑOR PRIMERO.- ¡Guárdeos Dios, noble capitán!
SEÑOR SEGUNDO.- Capitán, ¿tenéis algún encargo que hacerme para el señor Lafeu? Marcho a Francia.

SEÑOR PRIMERO.- Buen capitán, ¿queréis darme una copia del soneto que habéis escrito a Diana, a propósito del conde del Rosellón? Si no fuera yo un verdadero cobarde, os lo arrancaría a la fuerza. Pero conservaos bien.

(Salen BELTRÁN *y los* SEÑORES*.)*

SOLDADO PRIMERO.- Estáis perdido, capitán. Nada se sostiene en vos más que el nudo de vuestra banda.

PAROLLES.- ¿Quién puede resistir a un complot?

SOLDADO PRIMERO.- Si podéis hallar un país en que las mujeres estén tan prostituidas como vos, llegaréis a fundar un pueblo impúdico. Adiós, señor. Parto también para Francia. Allí hablaremos de vos. *(Sale.)*

PAROLLES.- Aun estoy agradecido al cielo. Si mi corazón hubiese nacido grande, habría estallado con esto. No quiero ser más capitán; pero quiero comer, beber y dormir como lo haga cualquier capitán. Viviré tal como soy. Que el que se tenga por fanfarrón tome de aquí experiencia. Siempre sucederá que todo fanfarrón vendrá al fin a reconocer que es un asno. ¡Enmohécete, espada! ¡Desapareced, rubores! ¡Y viva Parolles con toda seguridad en la ignominia! ¡Siendo un loco, medre de la locura! ¡Hay sitio y recursos para todo hombre viviente! Voy en pos de ellos. *(Sale.)*

Escena IV

FLORENCIA.- APOSENTO EN LA CASA DE LA VIUDA.

Entran ELENA, LA VIUDA *y* DIANA.

ELENA.- A fin de que estéis bien persuadida de que no he abusado de vos, será mi fiador uno de los monarcas más grandes del mundo cristiano. Pero antes de cumplir mis proyectos, es preciso que me postre ante su trono. Tiempo ha le presté un señalado servicio, tan precioso como su vida, cuya gratitud penetraría hasta lo más hondo del Tártaro y le haría prorrumpir en un grito de acción de gracias. He sido informada de que Su Gracia se encuentra en Marsella, adonde podemos encaminarnos con el conveniente acompañamiento. Conviene que sepáis que me creen muerta. Dispersado el ejército, mi esposo retorna al hogar. Con el auxilio del cielo y la voluntad del rey, mi buen señor, llegaré antes que nuestro huésped.

LA VIUDA.- Gentil dama, nunca habréis tenido una servidora a quien sean más queridos vuestros intereses.

ELENA.- Ni vos, señora, una amiga tan fiel, cuyos pensamientos hayan laborado con mayor ardor por recompensar vuestro afecto. No dudéis que el cielo me condujo a vuestra casa para que dotase a vuestra hija, como él la ha designado, para devolverme mi esposo. ¡Extraños seres los hombres, que pueden disfrutar de tan tiernos placeres en la posesión del objeto mismo que odian, cuando la lujuria de sus deseos acrecienta el horror de la noche tenebrosa! La lujuria se nutre de lo que desprecia y de lo que toma por otra cosa. Pero no hablemos más de esto... A vos incumbe, Diana, siguiendo mis pobres instrucciones, sufrir todavía un poco en mi favor.

DIANA.- Si vos lo mandáis, moriré por vos, que fuera muerte honorable. Estoy dispuesta a sufrir por vuestra causa.

ELENA.- Nada de eso, os suplico... Pronto el tiempo nos traerá el verano, cuando los escaramujos produzcan hojas y espinas, tan delicadas como punzantes. Es necesario partir. Nuestro carruaje está dispuesto y la hora nos apremia. *A buen fin, no hay mal principio,* y el fin corona la obra. Sean cuales fueren los accidentes de su curso, el fin es lo que decide de su fama. *(Salen.)*

Escena V

EL ROSELLÓN. -APOSENTO EN EL PALACIO DE LA CONDESA.

Entran la CONDESA, LAFEU *y el* BUFÓN.

LAFEU.- ¡No, no, no! Vuestro hijo se ha echado a perder con un bribón vestido de tafetanes, cuyo execrable azafrán teñiría de su color a toda la juventud pastosa y blanduja de una nación entera. Sin él vuestra nuera viviría aún, y vuestro hijo estaría con vos bajo la protección del rey, que le reportaría más que la compañía del abejorro de cola rojiza de que estoy hablando.

LA CONDESA.- ¡Ojalá no le hubiese conocido! Ha sido causa de la muerte de la dama más virtuosa que la Naturaleza tuvo el honor de crear. Aun cuando hubiera participado de mi carne y me hubiese costado los dolores de la maternidad, no habría echado mi afecto por ella raíces más hondas en mi corazón.

LAFEU.- Era una excelente, lo que se dice una excelente dama. Podríamos aderezar mil ensaladas sin dar otra vez con hierba semejante.

EL BUFÓN.- En verdad, señor, era el dulce almoraduj de la ensalada o, más bien, la hierba de gracia.

LAFEU.- Esas no son hierbas para ensalada, tunante, sino plantas para regalo de la nariz.

EL BUFÓN.- Yo no soy Nabucodonosor el Grande, señor, para entender en hierbas.

LAFEU.- ¿Qué eres tú, entonces? ¿Un bribón o un loco?

EL BUFÓN.- Un loco, Señor, puesto al servicio de una mujer; y un bribón al de un hombre.

LAFEU.- ¿Por qué esa distinción?

EL BUFÓN.- Quisiera escamotear a un hombre su mujer y hacer su servicio.

LAFEU.- Seríais, en efecto, un bribón a su servicio.

EL BUFÓN.- Y daría a su mujer mi palitroque para servirla.

LAFEU.- Tienes razón. Eres a la vez un bribón y un loco.

EL BUFÓN.- A vuestro servicio.

LAFEU.- ¡No, no, no!

EL BUFÓN.- Pues bien, señor, si no os soy útil, puedo serlo a un príncipe tan grande como vos.

LAFEU.- ¿De quién hablas? ¿De un francés?

EL BUFÓN.- Por mi fe, señor; lleva nombre inglés; pero su fisonomía es más ardorosa en Francia que aquí.

LAFEU.- ¿Cuál es ese príncipe?

EL BUFÓN.- El Príncipe Negro, señor. Alias, el príncipe de las tinieblas; *alias,* el diablo.

LAFEU.- Basta; he ahí mi bolsa. No te la entrego para apartarte del amo de que hablas. Sírvele aún.

EL BUFÓN.- Soy un habitante de los bosques, señor, y he gustado siempre del gran fuego. El amo de quien estoy hablando los alimenta a cual mejores. Pero, puesto que es el príncipe del mundo, que su nobleza resida en su corte. A mí me gusta una casa con puerta angosta, que yo estimo demasiado pequeña para que pueda pasar por ella la pompa cortesana. Algunos podrán franquearla humillándose; pero la mayoría serán demasiado friolentos, demasiado delicados, y preferirán la ruta florida que conduce a la amplia puerta y al gran fuego.

LAFEU.- ¡Márchate a tus ocupaciones! Comienzas a fatigarme. Te lo digo de antemano, porque no quisiera indisponerme contigo. Vete y procura que cuiden bien de mis caballos, sin burlas por tu parte.

EL BUFÓN.- Si les hago burlas, señor, Serán burlas de rocines, a las que tienen derecho por ley natural. *(Sale.)*

LAFEU.- ¡Un astuto bribón! ¡Un pícaro!
LA CONDESA.- Es verdad. Mi difunto marido se divertía mucho con él. Por eso continúa en esta casa. La juzga como construida a propósito para su impertinencia y circula por ella a voluntad, sin que se le pongan cortapisas.
LAFEU.- Yo le quiero bien, y no veo mal alguno en lo que acabáis de contarme... Os decía, pues, que habiendo sabido el fallecimiento de la buena dama y el retorno de vuestro hijo, he visto al rey, mi señor, y le he suplicado que hable en favor de mi hija. Su Majestad fue quien, por impulso propio, me hizo las primeras proposiciones en la época en que ambos eran menores todavía. Su Grandeza me ha prometido interceder. Era la mejor manera de apagar el resentimiento que le ha causado vuestro hijo. ¿Qué piensa de ello Vuestra Señoría?
LA CONDESA.- Aceptaría de buen grado, señor, y deseo que el proyecto se realice.
LAFEU.- Su Grandeza arriba por la posta de Marsella tan joven como cuando tenía treinta años. Estará aquí mañana, si es que no me engaña un hombre que rara vez se equivoca en ese género de noticias.
LA CONDESA.- Me regocijo en la idea de verle antes de morir. He recibido cartas anunciándome la llegada de mi hijo esta noche. Suplico a vuestra señoría tenga a bien permanecer aquí hasta que se hayan encontrado.
LAFEU.- Señora, buscaba el modo de justificar mi presencia.
LA CONDESA.- No tenéis sino invocar vuestros legítimos derechos.
LAFEU.- Señora, ya he abusado de ellos; pero, plegue a Dios, son aún reconocidos.

(Vuelve a entrar el BUFÓN*.)*

EL BUFÓN.- ¡Oh, señora! He ahí venir a vuestro hijo con un pedazo de terciopelo en el rostro. Si disimula una cicatriz o no, el terciopelo lo sabrá. Pero es un bonito pedazo de terciopelo. La mejilla izquierda cuenta tres pelos y medio; mas la derecha está completamente calva.
LAFEU.- Una herida noblemente obtenida o una noble cicatriz, es una hermosa librea de honor. Supongo la suya de esta calidad.
EL BUFÓN.- Pero no por eso su cara parece menos acuchillada.
LAFEU.- Vamos a ver a vuestro hijo. Me impaciento por hablar con ese joven y valiente soldado.
EL BUFÓN.- ¡Por mi fe, que son una docena, con finos y airosos sombreros de plumas galantes, que se inclinan y hacen la reverencia a todo el mundo! *(Salen.)*

Acto quinto

Escena primera

MARSELLA.- UNA CALLE.

Entran ELENA, *la* VIUDA *y* DIANA*, seguidas de dos criados.*

ELENA.- Debéis sentiros, verdaderamente, fatigadas de correr así la posta día y noche. No era posible hacerlo de otro modo. Ya que habéis sacrificado las noches y los días y expuesto vuestros miembros delicados para servirme, revestíos de valor. Creáis derechos a un reconocimiento eterno.-En buen hora. *(Entra un* GENTILHOMBRE *halconero.)* Este hombre podría conseguirme una audiencia del rey, si quisiera usar de su poder... Dios os guarde, señor.

EL GENTILHOMBRE.- Y a vos, señora.
ELENA.- Os he visto en la corte de Francia.
EL GENTILHOMBRE.- He permanecido allí algún tiempo.
ELENA.- Tengo la seguridad, señor, de que merecéis absolutamente la reputación de bondad de que gozáis, Las circunstancias no me permiten cumplimientos. Voy, pues, a daros ocasión de poner en práctica vuestras cualidades y de atraeros un reconocimiento eterno.
EL GENTILHOMBRE.- ¿Qué deseáis?
ELENA.- Hacedme la merced de remitir esta humilde petición al rey, e interponed vuestro influjo para que sea admitida a su presencia.
EL GENTILHOMBRE.- El rey no está aquí.
ELENA.- ¡Que no está aquí, señor?
EL GENTILHOMBRE.- No, en verdad. Abandonó Marsella la noche pasada, con una prisa no habitual en él.
LA VIUDA.- ¡Señor, qué de afanes inútiles!
ELENA.- Sin embargo, *A buen fin, no hay mal prin*cipio. Aunque las cosas parezcan tan adversas y los medios tan desfavorables... Por favor, decidme: ¿adónde ha marchado?
EL GENTILHOMBRE.- Al Rosellón, he oído decir; adonde yo me encamino.
ELENA.- Os lo ruego, señor; puesto que vais a ver al rey antes que yo, entregad este papel en su graciosa mano. No solamente presumo que no os hará cargo por ello, sino que todo me induce a creer que os lo agradecerá. Yo os seguiré con toda la celeridad que nos permitan los medios de que disponemos.
EL GENTILHOMBRE.- Lo haré por vos.
ELENA.- Y cualquiera que sea la suerte que corra, no han de faltaros mis reconocimientos. Ahora es menester montar a caballo.- Vamos, vamos; preparémoslo todo. *(Salen.)*

Escena II

EL ROSELLÓN.- PATIO INTERIOR DEL PALACIO DE LA CONDESA.

Entran el BUFÓN *y* PAROLLES.

PAROLLES.- Querido monsieur Lavache, entregad esta carta al señor Lafeu. En otra época, señor, me conocíais mejor, cuando me hallaba familiarizado con vestidos más elegantes. Pero ahora, señor, estoy atollado en la zanja de la fortuna y siento fuerte el olor de su fuerte desagrado.
EL BUFÓN.- Verdaderamente, tiene que ser muy repugnante el desagrado de la fortuna para oler tan fuerte como dices. No comeré más pescado frito con la manteca de la fortuna. Os lo suplico, poneos a la corriente del aire.
PAROLLES.- No, no tenéis necesidad de taparos las narices, señor. Hablo no más que en sentido metafórico.
EL BUFÓN.- Verdaderamente, señor, si vuestras metáforas huelen mal, me taparé las narices, vengan las metáforas de donde vinieren. Por favor, aléjate.
PAROLLES.- Os lo suplico, señor, remitidle este papel.
EL BUFÓN.-¡Uf! ¡Apártate, por favor! ¡Entregar a un gentilhombre un papel que viene de la silla horadada de la fortuna! Mirad. He aquí vuestro hombre en persona. *(Entra* LAFEU.*)* Os presento a un zape de la fortuna, señor, o a un gato de la fortuna (pero que no huele a almizcle), que se ha caído en el vivero nauseabundo de su desagrado, y que, como él dice, ha quedado atollado. Os suplico que hagáis por esa carpa lo que podáis, pues tiene todas las trazas de ser un bribón miserable, infeliz, burlado, ingenioso e idiota. Me compadezco de sus desdichas, le infundo valor con una sonrisa y le abandono a vuestra señoría. *(Sale.)*

PAROLLES.- Señor, soy un hombre a quien la suerte ha maltratado.
LAFEU.- ¿Qué queréis que yo le haga? Es demasiado tarde para vos, zafarse de sus garras. ¿Qué mala treta de ratero le habéis jugado a la fortuna para que os haya arañado? Porque, de sí, la fortuna es una buena persona, que no consiente que los pillos prosperen largo tiempo a su servicio. He ahí un *cardecu* para vos. Que los jueces os reconcilien con la fortuna. Tengo otros negocios.
PAROLLES.- Suplico a vuestro honor me permita una sola palabra.
LAFEU.- Mendigáis un simple penique más. Sea, lo tendréis, excepto vuestra palabra.
PAROLLES.- Mi nombre, buen señor, es Parolles.
LAFEU.- Luego mendigáis más que una palabra. ¡Malditos sean mis arrebatos! Dadme la mano... ¿Cómo va vuestro tambor?
PAROLLES.- ¡Oh, mi buen señor! Vos sois el primero que me ha reconocido.
LAFEU.- ¿He sido yo, de veras? Yo fuí también el primero en perderte.
PAROLLES.- En vuestra mano está, señor, el rehabilitarme, pues sois quien me retirasteis el favor.
LAFEU.- ¡Debieras avergonzarte, bribón! ¿Quieres que llene a la par el oficio de Dios y del diablo? ¿Que el uno te haga obtener mercedes y que el segundo te las haga perder? *(Suenan trompetas.)* Aquí llega el rey. Lo conozco en el son de sus trompetas... Bergante, ven luego en mi busca. Hablé de vos la noche pasada. Aunque seáis un sinvergüenza y un pillo, no os moriréis de hambre. Vamos, seguidme.
PAROLLES.- Rogaré a Dios por vuestra persona. *(Salen.)*

Escena III

EL MISMO LUGAR.- APOSENTO EN EL PALACIO DE LA CONDESA.
Trompetería. Entran el REY, *la* CONDESA, LAFEU, SEÑORES, CABALLEROS, GUARDIAS, *etc.*

EL REY.- Hemos perdido con ella una joya, y nuestro resplandor se ha ensombrecido; pero vuestro hijo, en su locura, no sintió la importancia de esta pérdida.
LA CONDESA.- Todo eso ha pasado, mi soberano. Suplico a vuestra majestad considere su rebeldía como un efecto del ardor de la juventud. Cuando el aceite y el fuego se encuentran, arrastrando consigo la razón, la desbordan, y el incendio se propaga.
EL REY.- Mi honorable dama, todo lo he perdonado y dado al olvido, aunque mi venganza estaba suspendida sobre él, esperando la ocasión de estallar.
LAFEU.- Debo deciros -y pido primero perdón- que el joven señor ha ofendido seriamente a su majestad, a su madre y a su mujer; pero a él ha sido a quien más ha perjudicado su falta. Ha perdido a una esposa cuya hermosura era el asombro de los ojos más calificados, cuyas palabras cautivaban los oídos de cuantos la escuchaban, cuyas virtudes domaban los corazones más rebeldes, que se enorgullecían en llamarla su señora.
EL REY.- El elogio del bien perdido hace más grato su recuerdo. Conducidle aquí, estamos ya reconciliados y la primera entrevista borrará las impresiones pasadas. No le permitáis implorar nuestro perdón. Por grave que haya sido la ofensa, no existe ya, y nosotros

sepultamos sus restos ardientes en lo más profundo del olvido. Que se acerque como un extraño y no como un culpable y decidle que tal es nuestra voluntad.
UN GENTILHOMBRE.- Lo haré, mi soberano. *(Sale.)*
EL REY.- ¿Qué dice a propósito de vuestra hija? ¿Le habéis hablado?
LAFEU.- Está en todo a las órdenes de vuestra alteza.
EL REY.- Tendremos, pues, desposorio. He recibido cartas que le llenan de gloria.
(Entra BELTRÁN.*)*
LAFEU.- Parece de buen aspecto.
EL REY.- Yo no soy un día de estación, pues puedes ver al mismo tiempo en mi cara el Sol y el granizo. Pero una vez que se disipan las nubes, dejan pasar a los más bellos rayos. Acércate; el tiempo ha recobrado su serenidad.
BELTRÁN.- ¡Que mi profundo arrepentimiento, querido soberano, me haga perdonar!
EL REY.- Todo se olvidó. Ni una palabra más del pasado. Aprovechemos el instante, pues soy anciano y los pasos del tiempo pueden borrar nuestros designios, por dispuestos que se encuentren, antes que hayamos podido ponerlos en ejecución. ¿Os acordáis de la hija de este caballero?
BELTRÁN.- Con admiración, mi soberano. En ella había recaído primero mi elección, sin que mi alma fuese lo bastante orgullosa para convertirse en heraldo de mi lengua. Bajo la impresión que hubo de causarme su vista, el menosprecio me prestó su desdeñosa mirada y no distinguí otra hermosura, desfigurando las más bellas apariencias, suponiendo que eran artificiosas, exagerándolas o acortándolas, de manera que les diese proporciones horribles. Por eso ella, a quien todos los hombres alababan, y a quien yo mismo adoré desde que la perdí, aparecía a mis ojos como polvo que los cegaba.
EL REY.- La excusa es buena. Por lo mismo que la has amado, disminuye la cuenta que tienes que rendir. Pero el amor que llega demasiado tarde es como una clemencia dictada por los remordimientos que no llega a tiempo jamás. Viene a ser una reprensión amarga para aquel que la envía: gritándole: «El bien no es conocido hasta que está perdido». Nuestras prevenciones nos hacen despreciar lo que poseemos y sólo cuando lo hemos perdido conocemos su valor. A menudo nuestros desagrados, injustos para nosotros mismos, nos hacen perder amigos y llorar sobre sus cenizas. Mientras el odio reconcentrado se adormece, la amistad despierta y se aflige viendo lo que ya no tiene vida. Sea éste el fúnebre clamoreo de la dulce Elena y que no se hable más. Lleva las arras de tu amor a la hermosa Magdalena. Los consentimientos están obtenidos y permaneceremos aquí para asistir a tus segundas bodas que cierran el período de tu viudedad.
LA CONDESA.- ¡Que el cielo bendiga mejor que la vez primera! ¡O muera yo antes que se realice la unión!
LAFEU.- Venid, hijo mío, en quien debe confundirse el nombre de mi familia. Dadme alguna prenda de ternura que encienda la chispa en el corazón de mi hija y la haga presentarse rápidamente. *(Beltrán le entrega una sortija.)* Por mi vieja barba, y por cada uno de sus pelos, ¡Elena, que ya está muerta, era una encantadora criatura! La última vez que abandonó la corte le vi en el dedo una sortija parecida a ésta.
BELTRÁN.- La presente no la ha tenido nunca.
EL REY.- Permíteme que la vea, te lo ruego. En el instante en que hablaba la consideraban mis ojos... ¡Esta sortija me ha pertenecido! Cuando se la entregué a Elena, le dije que si alguna vez la suerte le abandonaba, si tenía necesidad de nuestra ayuda, esa prenda bastaría para obtenerla. ¿Habéis sido tan perverso, para privarla de este último recurso?

BELTRÁN.- Mi venerable soberano, aunque ose contradeciros con ello, esta sortija no ha sido de ella jamás.
LA CONDESA.- ¡Hijo mío, por mi vida! Se la he visto en su dedo. La apreciaba tanto como su existencia.
LAFEU.- Estoy seguro de que la ha llevado.
BELTRÁN.- Os equivocáis, señor; nunca la ha visto. Me la echaron en Florencia desde una ventana, envuelta en un papel en el cual estaba escrito el nombre de aquella de quien procedía. Era una joven noble, que me creía soltero. Cuando le puse al corriente de mi situación, cuando le hube informado que no podía responder al honor que pretendía otorgarme, se resignó pesarosamente y no quiso jamás recobrar su sortija.
EL REY.- Platón mismo, que posee el secreto de transmutar el oro, no sabe mejor los misterios de la Naturaleza que yo que esta sortija me perteneció y que perteneció a Elena, sea quien fuere la que os la ha entregado. Si os halláis en plena posesión de vos mismo, confesad que esta sortija ha sido suya y por qué violencia se la habéis arrebatado. Ella había jurado por todos los santos que no se la quitarla de su dedo sino para entregártela en el lecho nupcial (donde no habéis entrado todavía) o que nos la enviaría después de algún desastre.
BELTRÁN.- ¡Pero si no ha podido verla!
EL REY. - ¡Tan verdad como estimo mi honor, que mientes! ¡Y me haces suponer cosas que quisiera descartar de mi pensamiento! ¡Acabaré por creer que has sido demasiado inhumano!... No puede ser... Y, sin embargo, no sé... Tú la aborrecías de muerte, para que no muriera... A menos de estar ciego, nada es para mí más convincente que la vista de ese anillo.¡Sujetadle! *(Los guardias aprehenden a Beltrán.)* Sea como fuere, mi experiencia del pasado me autoriza a no tachar mis temores de ligereza. Más bien he pasado por crédulo... ¡Conducidle! Examinaremos el asunto más despacio.
BELTRÁN.- Si me probáis que esta sortija ha sido alguna vez suya, me demostraréis a la vez que he realizado acto de esposo en su lecho en Florencia, donde jamás he puesto los pies. *(Sale escoltado.)*
EL REY.- ¡Me asaltan horribles sospechas! *(Entra un* GENTILHOMBRE *halconero.)*
EL GENTILHOMBRE.- Venerable soberano; si soy digno o no de reprensión, lo ignoro. Aquí os traigo la petición de una florentina que se halla a cuatro o cinco millas y que daba muestras de gran prisa por enviárosla. Yo me he encargado de ello, vencido de la belleza y las palabras de la pobre suplicante, que esperaba la respuesta. En la tristeza de su mirada se adivinaba la trascendencia del asunto. En fin, me ha confesado, tan dulce como brevemente, que conocía a vuestra alteza tanto como a ella propia.
EL REY *(Leyendo.)- «Tras muchas promesas de casarse conmigo, cuando se muriese su esposa, me ruboriza el decirlo, me entregué a él. Ahora el conde de Rosellón es viudo; ha faltado a sus juramentos y yo a la deuda de mi honra. Ha huido de Florencia, sin avisarme, y me encuentro en este país para reclamar justicia. ¡Otorgadmela, oh, rey! En vuestras manos está. De otra, un seductor saldrá triunfante, y una infeliz doncella perdida.- Diana Capuleto».*
LAFEU.- Adquiriré otro yerno en una feria y le haré salir al conde. No le quiero ya.
EL REY.- Los cielos te han protegido, Lafeu, haciéndote este descubrimiento... Condúzcanse aquí a las solicitantes. Hacedlo pronto y traed al conde. *(Salen el* GENTILHOMBRE *halconero y algunos del séquito.)* Temo, señora, que Elena haya sido bárbaramente asesinada.
LA CONDESA.- Hágase justicia con los culpables.

(Vuelve a entrar BELTRÁN, *escoltado.)*

EL REY.- Me asombra, señor, que siendo para vos monstruos las mujeres, de quienes huís tras haberles jurado fidelidad, deseéis todavía casaros. ¿Quién es esta dama?

(Entra nuevamente el GENTILHOMBRE *halconero, con la* VIUDA *y* DIANA*.)*

DIANA.- Soy, señor, una florentina ultrajada, descendiente de la antigua familia de los Capuletos. Sabéis lo que acabo de solicitar y conocéis, por consiguiente, cuán digna soy de compasión.

LA VIUDA.-Yo soy su madre, sire, cuya edad y reputación han sufrido mucho por la afrenta que llevamos, y ambas moriremos de no poner remedio vuestra majestad.

EL REY.- Acercaos, conde. ¿Conocéis a estas mujeres?

BELTRÁN.- Señor, no puedo ni quiero negar que las conozco. ¿Me acusan de otra cosa?

DIANA.- ¿Por qué fingís de una manera tan extraña no reconocerme por esposa?

BELTRÁN.- Nada es ella para mí, señor.

DIANA.- Si os casáis, daréis a otra esta mano que me pertenece; violaréis votos jurados ante el cielo, y esos juramentos es a mí a quien los habéis hecho. Entregándoos a otra, me enajenáis a mí misma, y yo soy mía, sin embargo; pues nuestros votos nos han incorporado de tal manera el uno al otro, que nadie puede casaros sin casarme a mí también. O a ambos o a ninguno.

LAFEU *(A Beltrán.)*- Vuestra reputación ha disminuido, de tal manera a los ojos de mi hija, que ya no sois esposo para ella.

BELTRÁN.- Señor; esta mujer es una criatura insensata, desesperada, con la cual me he permitido holgar alguna vez. Suplico a vuestra alteza estime lo bastante mi honor para no suponer que se rebajara a este punto.

EL REY.- Señor; mi opinión os será desfavorable mientras no hayáis ganado mi aprecio. ¡Ojalá vuestro honor se halle por encima de lo que pienso!

DIANA.- Mi buen señor, exigidle bajo juramento que atestigüe si ha obtenido o no mi virginidad.

EL REY.- ¿Qué respondes?

BELTRÁN.- ¡Que es una impúdica, señor, que se prostituía a todo el campamento!

DIANA.-¡Me ha ultrajado, señor! ¡Si así fuera, me hubiese comprado a vil precio! No le creáis. Ved esta sortija, de importancia y valor inestimables. ¿La hubiera entregado a una prostituta?

LA CONDESA.- Enrojece. Es su sortija. Desde seis generaciones, esa joya, legada por testamento, se ha transmitido en la familia. Esa mujer es su esposa. La sortija lo atestigua mil veces.

EL REY.- ¿No habéis dicho que conocíais en la corte a alguno de quien se podría invocar el testimonio?

DIANA.- Sí, señor; pero siento repugnancia en apelar a semejante testimonio. Su nombre es Parolles.

LAFEU.- Hoy he visto a ese hombre, si puede dársele este título.

EL REY.- Que le busquen y le traigan. *(Sale uno del séquito.)*

BELTRÁN.- ¿De qué serviría? Es considerado como un peligroso bribón, sucio y manchado por todas las impurezas del mundo; un pillo, que la menor verdad repugna a su naturaleza. ¿Sería yo esto o aquello, según las afirmaciones de un hombre que dirá todo lo que se quiera?

EL REY.- Ella tiene esa sortija de vos.

BELTRÁN.- Lo creo. Es cierto que me agradó y que la conquisté, cediendo a un capricho de la juventud. Ella conocía la distancia que nos separa y, por atraerme, excitó mi pasión con sus repulsas; todo lo que se opone a una fantasía, no hace sino acrecentarla. Finalmente sus arrumacos, dando como un atractivo a la vulgaridad de sus gracias, consiguieron el precio en que había ajustado sus favores. De suerte que acabó por obtener la sortija y yo adquirí lo que cualquier subalterno habría conseguido a precio de mercado.
DIANA.- ¡Debo tener paciencia! Vos, que habéis repudiado ya a una noble esposa, podéis fácilmente negarme todo derecho sobre vos. Una palabra, todavía. Puesto que sois indigno hasta tal punto, consiento en perder un esposo. Enviad a buscar vuestra sortija, yo os la restituiré y vos me devolveréis la mía.
BELTRÁN.- No la tengo.
EL REY.- ¿Cómo era esa sortija, por favor?
DIANA.- Sire, exactamente como la que lleváis en el dedo.
EL REY.- ¿Conocéis vos esta sortija. Era la que tenía hace un instante.
DIANA.- Es la que yo le entregué en el lecho.
EL REY.- Luego, ¿es falso que se la arrojaseis vos desde una ventana?
DIANA.- He dicho la verdad.

(Entra PAROLLES.*)*

BELTRÁN.- Señor, confieso que esta sortija era la suya.
EL REY.- Balbucís extrañamente. Una pluma os hace temblar. ¿Es éste el hombre de quien hablabais?
DIANA.- Sí, mi señor.
EL REY.- Cuéntame, pícaro, pero sin mentir y sin preocuparte de desagradar a vuestro amo -desagrado que yo sabré evitar si os mostráis sincero-, lo que sabéis concerniente al conde y a esta dama.
PAROLLES.- Si no sirve de enojo a vuestra majestad, os diré que mi amo se ha conducido honorablemente. No ha cometido otros pecadillos sino los corrientes entre todos los gentileshombres.
EL REY.- No divaguemos. ¿Ha amado a esta mujer?
PAROLLES.- Por mi fe, señor, la ha amado. Pero ¿cómo?...
EL REY.- ¿Cómo, te lo ruego?
PAROLLES.- Señor, la ha amado como un gentilhombre ama a una mujer.
EL REY.- ¿Es decir?...
PAROLLES.- Que la ha amado y no la ha amado.
EL REY.- Como tú eres un bribón y no un bribón: ¡Qué necio equívoco!
PAROLLES.- Soy un pobre hombre, señor, a las órdenes de vuestra majestad.
LAFEU.- Es un buen tambor, sire, pero un mal orador.
DIANA.- ¿Y no sabéis si él me dio palabra de casamiento?
PAROLLES.- A fe mía, sé más de lo que he dicho.
EL REY.- ¿Entonces no queréis decir todo cuanto sabéis?
PAROLLES.- Sí, si así place a vuestra majestad. Yo era el confidente, como digo; pero, aparte eso, él la amaba, estaba loco por ella, hablaba de Satanás, del limbo, de las furias y no sé cuántas cosas más. Yo estaba entonces tan al tanto en sus confidencias, que sabía cuándo iban al lecho y otras circunstancias, como promesas de matrimonio y un sinfín de detalles que él me rogaba no descubriera, bajo pena de atraerme su desagrado. Por eso no quiero decir lo que sé.

EL REY.- Ya has dicho todo, a menos que puedas añadir que están casados. Pero eres demasiado taimado en tus declaraciones. Retírate. (*A Diana.)* ¿Decís que esta sortija os ha pertenecido?
DIANA.- Sí, mi buen señor.
EL REY.- ¿Dónde la habéis adquirido? ¿Quién os la había dado?
DIANA.- Ni la había adquirido ni me la habían dado.
EL REY.- ¿Quién os la prestó?
DIANA.- No me la prestaron.
EL REY.- ¿Dónde la hallasteis, entonces?
DIANA.- No la hallé.
EL REY.- Si no os ha pertenecido por ninguno de esos medios ¿cómo habéis podido darla?
DIANA.- Yo no la he dado.
LAFEU.- Esta mujer es un guante, señor, que se vuelve a voluntad.
EL REY.- Esta sortija la he poseído yo, y la di a su primera mujer.
DIANA.- Que haya pertenecido a vos o a ella, no podría decirlo.
EL REY.- ¡Apartadla de mi lado! ¡Me disgusta! Llevadla a la cárcel y que la acompañe él. Si no me dices cómo has obtenido esa sortija, morirás en el plazo de una hora.
DIANA.- No lo diré nunca.
EL REY.- ¡Conducidla!
DIANA.- Suministraré fianza, mi soberano.
EL REY.- Ahora empiezo a creer que eres una ramera pública.
DIANA.- Por Júpiter, no he conocido nunca otro hombre que a vos.
EL REY.- ¿Por qué le estás acusando todo este tiempo?
DIANA.- Porque es culpable sin serlo. Cree que no soy virgen y lo juraría. Yo, a mi vez, juraría que soy virgen, sin él sospecharlo. ¡Gran rey, por mi vida, yo no soy una prostituta! O soy virgen o soy la mujer de ese hombre. *(Señalando a Lafeu.)*
EL REY.- ¡Abusa de nuestros oídos! ¡A la cárcel con ella!
DIANA.- Buena madre, ve en busca de mi fianza... Esperad, real señor. *(Sale la* VIUDA*.)* El joyero a quien pertenece la sortija va a venir. El responderá por mí. En cuanto a ese señor, que me ha engañado, como él sabe, aunque ningún mal me ha hecho, renuncio a él. Demasiado conoce que mancilló mi lecho y que al mismo tiempo hacía concebir a su esposa. Por muerta que esté, siente a la sazón moverse un hijo en sus entrañas. He aquí mi enigma. La difunta, alienta. Y ahora adivinad.

(Vuelve a entrar la VIUDA *con* ELENA*.)*

EL REY.- ¿No hay ningún exorcista que fascina mis ojos? ¿Es real lo que veo?
ELENA.- No, no, buen señor. Apenas veis sino la sombra de una mujer. El nombre y no la cosa.
BELTRÁN.- ¡Los dos! ¡Los dos! ¡Oh, perdón!
ELENA.- ¡Oh, mi querido esposo! Cuando era como esta joven, os hallaba extraordinariamente solícito. He aquí vuestra sortija, y mirad aquí, también vuestra carta, en la que se dice: «Cuando logréis obtener la sortija que llevo en el dedo y mostrarme un niño», etcétera. Todo está hecho. ¿Queréis pertenecerme ahora que habéis sido dos veces conquistado?
BELTRÁN.- ¡Si puede explicarse con claridad, la amaré con todo mi corazón; siempre, siempre de todo corazón!
ELENA.- ¡Si yo no me explico de suerte que no deje rastro de duda, que un divorcio mortal nos separe a los dos! ¡Oh, mi querida madre! ¿Es posible que os vea?

LAFEU.- Me escuecen los ojos, como si oliese cebollas. ¡Estoy a punto de llorar! (*A Parolles.)* ¡Buen Tom, Tambor, préstame tu pañuelo! Bien, te doy las gracias. Ven a verme a casa. Allí nos divertiremos juntos. Deja a un lado las reverencias. Me causan compasión.
EL REY.- Que se nos cuente esta historia con todos sus detalles, para que la verdad nos inunde de alegría. *(A Diana.)* Si eres todavía una lozana flor en capullo, podrás elegir esposo. Yo me encargo de la dote, porque adivino que con tu honesta ayuda has sabido salvaguardar una esposa permaneciendo casta. Tanto esto como lo que se siga, lo examinaremos en detalle. Todo, sin embargo, parece bien; y si acaba tan felizmente, las amarguras del pasado harán más dulce lo venidero.

(Trompetería.)

Epílogo

RECITADO POR EL REY

El rey es ahora un mendigo, terminada la comedia. Todo habrá acabado bien, si hemos ganado nosotros vuestros aplausos, que pagaremos esforzándonos en agradaros todos los días. Otorgadnos vuestra indulgente atención; dadnos vuestras gentiles manos, y tomad nuestro corazón.

(Salen.)

FIN